

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

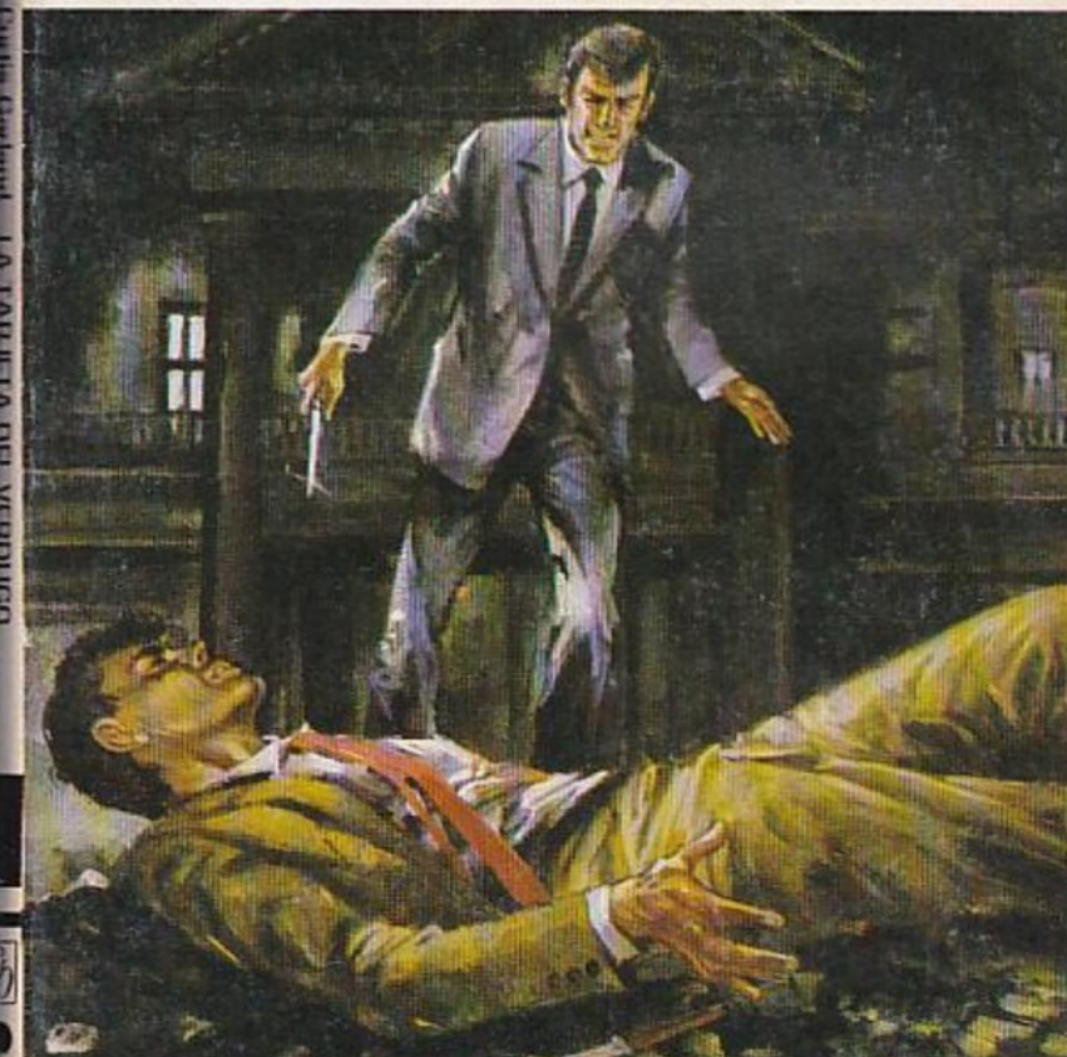
BOLSILIBROS



POLICIAO

LA TARJETA DEL VERDUGO

Curtis Garland



PUNTO ROJO

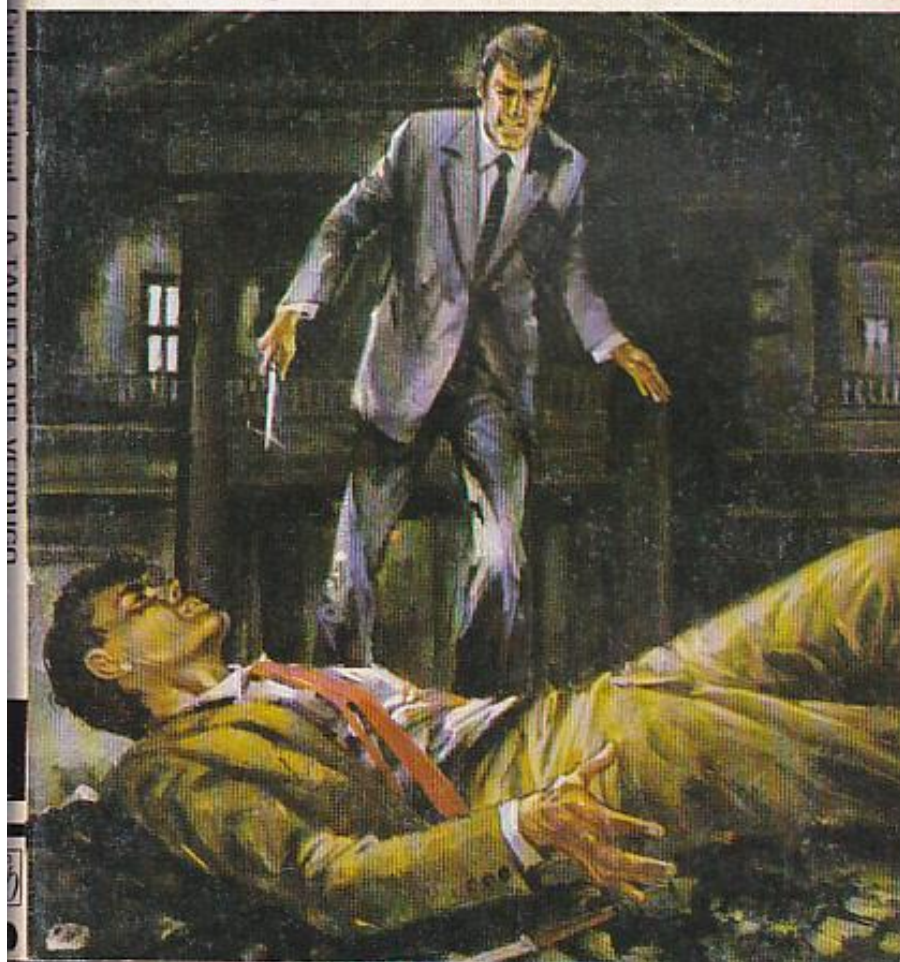
**BRU
GUE
RA**

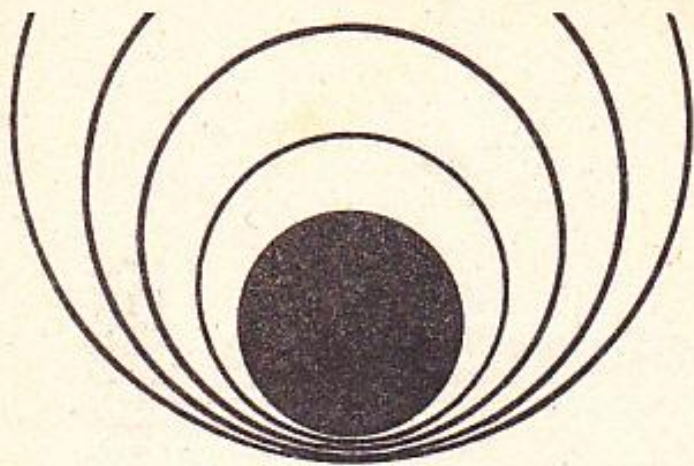
BOLSILIBROS



LA TARJETA DEL VERDUGO

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LA TARJETA DEL VERDUGO

Colección PUNTO ROJO n° 1.160 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Selección Terror

La Conquista del Espacio

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 33.352 1984

Impreso en Esparta Printed in Spain

1.* edición en Esparta: noviembre. 1984 1.a edición en América:
mayo. 1985

© Curtis Garland - 1984

texto

© L García • 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S
A. Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (Espana)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

El teniente Mark Crabbe tendió con desgana su credencial al funcionario.

Este la examinó críticamente y la pasó a otro compañero. Tras un asentimiento, le tendió una tarjeta plastificada, con un número de código y unas cifras de control.

—Tome, teniente —dijo—. Puede pasar con eso hasta la salita de visitas del corredor de la muerte. Sólo se le conceden diez minutos de entrevista, recuérdelo.

Ni uno más con los reglamentos, incluso para las últimas voluntades de los reos.

—Entiendo —el oficial de policía asintió, tragando saliva, y aplicando las pinzas de la credencial a su solapa—. Yo tampoco deseo prolongar esto demasiado, pueden creerme. No estoy aquí esta noche por mi gusto.

—Lo sabemos —asintió el funcionario de prisiones, sin mover un músculo de su pálida faz—. Es la última voluntad de Bugsy Latimer ¿no es cierto? Pidió verlo a usted.

—Así es. No podía negarme. Pero no sé lo que puede querer de mí.

—Fue usted quien lo detuvo, ¿verdad? —terció el otro funcionario, mirándolo curiosamente.

—Sí —dijo escueto Mark Crabbe.

Pasó sin más trámites. Encontró a otro celador de sombría expresión al final del pasillo, tras una puerta enrejada, que sonó lúgubremente al ser abierta a su llegada.

—Sígame, señor —pidió el nuevo funcionario, echando a andar por el lóbrego pasillo, haciendo resonar huecamente los tacones de sus pesados zapatos.

Mark Crabbe lo siguió con gesto huraño. Miraba los muros grises con expresión distante. Le parecía un sueño encontrarse precisamente esa noche allí. Un mal sueño del que deseaba despertar lo antes posible.

Se detuvieron finalmente ante una celda de puerta de barrotes desde

el techo al suelo. El preso era visible en su interior, bajo una cruda luz vertical, que marcaba extrañamente las sombras y contrastes del hombre y su entorno, como en un duro film negro de los años cuarenta. Un pequeño televisor en color retransmitía en ese momento un partido de béisbol. Sobre una mesa, los restos de una copiosa cena, la última del condenado. Crabbe echó una ojeada mientras el celador abría la puerta.

Vio las sombras de una langosta, salmón ahumado y vino blanco de marca. Bugsy Latimer quería despedirse de este mundo lo mejor posible, a juzgar por todo aquello. Ahora fumaba un cigarro habano de buen aroma. El humo formaba volutas en cargado ambiente de la celda. El partido de la televisión parecía importarle un comino, pese al griterío del público.

—Tu visita, Bugsy —dijo el celador con cierta amabilidad profesional en su voz.

—Sí, Ben, gracias —respondió el reo sin dejar de fumar, tratando a su guardián como si se hubiera establecido entre ellos un cierto nexo de amistad.

—Sólo son diez minutos, recuérdalo. Aprovéchalos bien, yo no puedo prolongarlos ni un momento más.

—Claro, claro —asintió Bugsy con una leve sonrisa, depositando el cigarro en un

cenicero de plástico.

Se quedó mirando a Mark Crabbe cuando éste pisó la celda. El policía se quedó en pie. Su alta estatura, su figura juvenil y atlética, se recortaba poderosa bajo la cruda luz vertical. El rostro parecía más duro de lo habitual a causa del juego de luces y sombras.

—Hola, Crabbe —saludó con sencillez el condenado.

—Hola, Bugsy —respondió Mark.

—No puedo ofrecerle un cigarro. Sólo me dieron éste. Incluso la última voluntad tiene ciertos límites.

—Entiendo. No importa, Bugsy, no tengo ganas de fumar ahora.

—Siéntese —le señaló la pequeña litera metálica, adosada al muro—. No es nada cómoda, pero es lo único que tengo. Esta silla la trajeron

sólo para esta noche.

Forma parte del festejo.

Crabbe no dijo nada. Se sentó en el borde de la litera y esperó, las fuertes manos sobre sus rodillas. El pantalón de hilo azul se tensó sobre sus piernas musculosas.

Bugsy Latimer lo miraba con sus ojillos pequeños, azules y tristes. No parecía tan peligroso como en las fotografías de prensa ni en las gacetas de sucesos.

—Yo hice muchas cosas malas en mi vida, Crabbe —comenzó a hablar, contemplando la columna de humo tenue que subía de su cigarro en el cenicero.

Silencio por parte de Mark Crabbe. Ni un pestañeo.

—Muchas —prosiguió Latimer—. Pero no maté nunca a un hombre así, a sangre fría. No maté a aquel bastardo de Boorman, lo juro.

—Eso me dijiste entonces. Y lo repetiste en el juicio. No te creyeron, Bugsy.

—Maldita sea, ya lo sé. Nadie me creyó. Sin embargo, es la pura verdad.

—¿Me has llamado para decirme eso?

—Sí. No quiero que piense que esta madrugada morirá un cerdo asesino, Crabbe.

No me gusta irme del mundo sabiendo que usted piensa eso de mí.

—¿Por qué te preocupa lo que yo piense? Soy el que te arrestó.

—Aun así me cae usted bien. Hizo lo que tenía que hacer, eso fue todo. Le pagan para eso, ¿no? —sonrió, dejando brillar un diente de oro en su boca—. No sé por qué, le tengo aprecio, Crabbe. Tal vez porque es usted uno de los pocos hombres honrados que hay en esta cochina ciudad. Y, desde luego, el policía más honesto que he conocido.

—Eres muy amable, Bugsy. No me hagas más difícil este trago, muchacho. No tengo nada contra ti, te lo aseguro. Me ordenaron detenerte, y lo hice. No soy el juez, ni el fiscal, ni tan siquiera el jurado. No puedo hacer nada por ti ni contra ti.

Me digas lo que me digas ahora, aunque sea una verdad como un templo, no servirá de nada.

—Claro que no. Me basta con que usted lo sepa, Crabbe. Me gustaría que algún día encontrase al verdadero asesino —se puso en pie y caminó hacia él. Fuera, en el pasillo, allá entre luces y sombras, destacaban los botones metálicos del uniforme del celador, a la expectativa—. Yo soy inocente. Me van a tostar en la silla por algo que no hice, ¿no tiene gracia eso?

—No, Bugsy. No tiene gracia —dijo Crabbe gravemente.

—Para mí, sí. He cometido mil granujadas que nunca castigó nadie. Pero ahora me pescan y me manda a esa asquerosa parrilla por el crimen que cometió otro.

Conocía a Boorman y se merecía lo que le hicieron, pero no fue cosa mía. Esta ciudad está podrida, Crabbe. Algún día lo descubrirá. Vamos a presidio o a la cámara de la muerte los desheredados, los delincuentes conocidos. Y los que de verdad delinquen bajo camisas de seda y con saneadas cuentas corrientes, e incluso con cargos públicos, siguen ahí, impunes, gozando de su libertad y de sus privilegios. El mundo no es justo, Crabbe.

—Nunca lo fue, Bugsy. Yo no puedo arreglarlo.

—Prométame al menos una cosa.

—Si me es posible, cuenta con ella.

—Cuando cacen al auténtico criminal, recuerde lo que le conté hoy. Y trate de que mi memoria se rehabilite. No por mí, claro, que ya poco me importarán todas esas tonterías, sino... por mi hijo.

—¿Tu hijo? —por primera vez, una honda arruga, un surco profundo, se dibujó en la frente del policía.

—Sí. Tiene ahora siete años. Vive en una pequeña ciudad, con la mujer que es su madre y que nunca fue mi esposa. Le di mi nombre, maldita sea. Creo que hice mal.

—¿Por qué? Fue una bonita idea la tuya.

—Pobre chiquillo... Tener que vivir siempre sabiendo que su padre acabó así...

Teniente, ¿me promete que, al menos por él, limpiará mi nombre cuando se descubra al verdadero asesino de Boorman?

—Si algún día se descubre, suponiendo que me estés diciendo la verdad, y yo creo que sí la dices, tienes mi promesa formal.

—Gracias, Crabbe —le tendió la mano—. Eso me basta, amigo. Buenas noches. Y

perdone el haberle hecho venir aquí en tan ingratas circunstancias.

Crabbe se puso en pie. Su dura mirada gris se había dulcificado. Miró a su interlocutor con cierta ternura y compasión, cosa poco habitual en él.

—Latimer, yo..., quisiera hacer más por ti —murmuró.

—Lo sé. Pero no puede. Nadie puede hacerlo.

—En estos casos, siempre hay línea abierta con el gobernador...

—No lo sueñe. El gobernador de este Estado es otro cerdo. No aplazará mi ejecución. Ni hace falta. Prefiero que todo acabe pronto. Ahora estoy más tranquilo.

—Latimer, si no fuiste tú, ¿no puedes darme una pista, un indicio? Tal vez aún haya tiempo de hacer algo. —Miró su reloj y su rostro se tensó. Eran casi las diez.

Sólo ocho horas, y todo habría terminado para el pobre Latimer.

—Sabe que no hay tiempo de nada —sonrió el reo, mientras el celador abría la puerta de altos barrotes con un gélido chirrido de la llave en la cerradura—. Gracias, de todos modos. No, no sé nada. Sospecho que lo mataron por asuntos de drogas, pero ignoro quién apretó el gatillo aquella noche, Crabbe. De veras lo ignoro...

Buenas noches, teniente.

—Adiós, Latimer —suspiró Mark saliendo al corredor—. De todos modos,

intentaré algo, no sé aún el qué...

—No sea loco —rió suavemente el condenado, mientras la puerta se cerraba de nuevo, separando a ambos definitiva y siniestramente—. No se torture con lo que he dicho. Las cosas son así, y nadie va a

cambiarlas ya, teniente... Buena suerte, amigo.

—Me gustaría poder decirte igual, Bugsy —dijo Mark, alejándose.

Y la sombra de su cuerpo, al proyectarse en los muros grises, parecía algo más aventajada, algo más abatida que al entrar.

* * *

Jason Slocombe miró a su interlocutor sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—Supongo que no estará hablando en serio —dijo.

—Nunca hablé más en serio en mi vida, Slocombe —dijo el otro—. He venido a matarlo.

Una sonrisa algo forzada curvó los delgados y fríos labios del hombre de negocios cómodamente retrepado en el sillón, con el alto vaso de whisky en la mano. En su zurda humeaba un cigarrillo emboquillado de exótico aroma. Sobre la solapa del smoking blanco reventaba el rojo brillante de una flor. Miró al ser erguido ante él, con una mezcla de perplejidad y escepticismo, pero también con cierta ira. No le gustaban las bromas. Cualquiera que conociese un poco bien a Jason Slocombe podía saber que carecía por completo de sentido del humor.

—Si doy una fiesta de disfraces en mi casa, amigo, es para divertirme yo, no para que los demás se diviertan a mi costa —puntualizó secamente, sin dejar de oscilar su pierna derecha, cruzada sobre la izquierda con indolencia.

Tomó un sorbo de whisky y los cubitos de hielo tintinearon en el alto vaso empañado. De la cercana sala, a través de la puerta cerrada, se filtraba rumor de voces, risas y músicaailable. Por una ventana entreabierta a la noche de la ciudad, el tráfico y los ruidos urbanos formaban también un eco lejano.

—No entiende usted nada, Slocombe —dijo con calma su interlocutor—. No es una broma Estoy aquí para matarlo.

Y sabe bien por qué. Usted mató a Clyde Boorman.

La sonrisa se borró de los labios de Slocombe como si le hubieran pasado un paño por la boca, limpiándola de todo gesto amable. Los ojos oscuros se endurecieron y los dedos que sujetaban el cigarrillo temblaron ligeramente. Fueron sus primeros indicios de debilidad.

—Usted está loco —dijo tajante—. Déjeme en paz de una vez, maldita sea.

El otro ni se movió. Era grotesco ver a aquel individuo, vestido como un verdugo medieval, con su tonelete bajo la amplia capa negra hasta los pies, su jubón y su caperuza negra con los dos orificios abiertos para los ojos, llegando hasta el borde del labio superior el oscuro paño, pero empuñando una moderna pistola automática provista de silenciador, en vez de la tradicional hacha propia de tal disfraz.

—Me iré en seguida de esta habitación —aseguró el intruso—. Pero no sin que antes firme esto.

Con su mano izquierda puso un pliego ante los ojos de Slocombe, encima de la mesita de vidrio ahumado reposaba un pesado cenicero en forma de trébol, también tallado en vidrio. El dueño de la casa dirigió una mirada indiferente al documento.

—¿Qué es eso? —preguntó con tono de fastidio.

—Su confesión.

—¿Mi confesión de qué?

—De todo. De sus motivos para matar a Boorman. De cómo apretó el gatillo y le voló la cabeza antes de que se diera cuenta de nada. Ambos formaban parte de la misma organización de tráfico y distribución de heroína en esta ciudad. Boorman se había convertido en un *partenaire* demasiado molesto para su seguridad personal e incluso para el buen funcionamiento de la organización —la voz, chirriante y de-formada, iba desgranando cada hecho como un axioma incontrovertible—. Ahora, un pobre diablo, Bugsy Latimer, espera morir por ese crimen. Es inocente. Firme eso. Será suficiente.

—¡Qué disparate! —se mofó Slocombe, aunque en su frente habían aparecido unas menudas gotas de sudor—. No firmaré nada. Nunca logrará eso, ni usted ni nadie.

—¿Está seguro? —d hombre disfrazado de verdugo se inclinó hacia él y apoyó su arma sobre la sien de Slocombe. El dedo se curvó, tenso, en el gatillo—. Nadie va a enterarse de esto, se lo aseguro. Latimer será ejecutado esta madrugada. Pero antes de sentarse en la silla, sabrá sin lugar a dudas que un tal Slocombe apareció muerto en su elegante fiesta de disfraces, y el infeliz se irá un poco más tranquilo al infierno. No salvará su vida, pero sabrá que un pez gordo lo ha precedido en el viaje.

—Está fanfarroneando. No será capaz de apretar ese gatillo...

—¿No? —una risa suave brotó de los labios del verdugo—. Lo siento por usted.

No podrá lamentar su escasa capacidad de cálculo cuando salte su cráneo en pedazos. Adiós, Jason Slocombe. Tuvo su oportunidad.

El dedo iba a apretar el gatillo, eso era obvio. El frío silenciador presionaba la sien de Slocombe. Este miró de soslayo los ojos de su misterioso interlocutor. No encontró nada amable ni inseguro en aquellas pupilas heladas. Eran los ojos de una persona capaz de matar a sangre fría, estuvo seguro de ello.

—¡Espere! —jadeó. Su cigarrillo rodó por la moqueta. Ya no disimulaba el temblor de sus dedos, manchados con la nicotina y el alquitrán del tabaco—. No, no dispare. Firmaré.

—Eso está mejor. Es una prudente decisión. Casi llega tarde...

—¿Qué... qué hará con ese documento, cuando lo firme? —jadeó Slocombe, muy pálido.

—Dependerá de usted tan sólo. Tiene aún cuatro horas para conseguir del gobernador el aplazamiento de la sentencia y una posterior revisión del juicio contra Latimer. Salve su vida. Usted puede hacerlo, tiene importantes amigos en los

políticos y magistrados locales. Falle en eso, y el documento verá la luz. Si cumple y salva el pellejo de Latimer, no tiene nada que temer. Es un acuerdo justo, ¿no?

—Sí —resopló Slocombe—. Es justo, maldito sea usted...

Tomó su pluma Firmó la confesión mecanografiada en aquella hoja, tras una leve ojeada a la misma. Tuvo que admitir, preocupado, que se ajustaba bastante a la realidad de los hechos. Aquel tipo del disfraz de verdugo era muy astuto. Y estaba muy bien informado, sin duda alguna.

—Perfecto —sonrió el disfrazado, guardando el documento tras comprobar que la firma de Slocombe era correcta—. Ahora puede quedarse tranquilo. Abandonaré su fiesta sin complicarle más las cosas. Pero recuerde: tiene cuatro horas por delante para mover sus resortes y evitar la ejecución. Por su bien, no deberá perder minuto.

—Así lo haré, descuide —jadeó secándose el sudor con un pañuelo bordado.

El visitante sonrió, encaminándose hacia la salida. Guardó su arma y alargó la mano enguantada, para descorrer el pestillo de la puerta de aquel despacho donde sorprendiera poco antes al anfitrión de la fiesta de disfraces.

Jason Slocombe había estado esperando ese momento de confianza de su adversario, una vez conseguidos sus propósitos. Todo el tiempo estuvo jugando con sus propias posibilidades, y ni por un momento pasó por su mente la idea de dejar ir a aquel intruso con tan comprometedor documento en su poder.

Fue muy rápido en bajar su mano y extraer de su calcetín de seda la pequeña automática calibre 22, que nunca abandonaba. Apuntó con ella, sin incorporarse siquiera, a la espalda que cubría por completo la amplia capa negra. El resto parecía cosa fácil.

Pero no lo fue.

Cuando iba a apretar el gatillo de su arma, sonó un taponazo sordo, algo sibilante, dentro de la biblioteca. Era el peculiar estampido de un arma de fuego provista de silenciador.

Estupefacto, Slocombe miró al hombre vestido de verdugo del medievo. Se encontró con sus fríos ojos acusadores, con su aspecto de auténtico ejecutor de una sentencia sin apelación posible. Humeaba el cilindro feo y oscuro del mecanismo silencioso de su automática, bajo la axila izquierda del desconocido.

Había sido mucho más astuto y rápido que él. Otro rosetón rojo alteró la nítida blancura del smoking del anfitrión, algo más abajo de la flor de su solapa. Era el rojo de la sangre sobre su corazón, limpiamente agujereado.

Exhaló un estertor apagado, un gruñido incoherente escapó de su crispada boca, y se inclinó hacia adelante, sin llegar a disparar su pequeña pistola, rodando sobre la moqueta, en la que quedó inmóvil, boca abajo.

—Lo siento, Slocombe —dijo el tirador fríamente—. Sentencia cumplida...

Guardó su arma bajo la amplia capa negra. Caminó hasta el muerto y puso sobre su espalda un pequeño rectángulo de cartulina impresa.

Luego, sin prisas, salió de la biblioteca, cerrando tras de sí con sumo cuidado.

Cruzó entre una heterogénea y bulliciosa multitud de caballeros disfrazados, damiselas de aparatosos descotes y criados que servían sin cesar toda clase de

bebidas a los invitados.

Minutos más tarde, se recibía una llamada telefónica en la central de policía de la ciudad, anunciando el envío de un documento vital para salvar una vida humana.

Jason Slocombe había confesado ser autor de la muerte de Clyde Boorman antes de morir. Bugsy Latimer no podía ser ejecutado por ese crimen.

CAPITULO II

Mark Crabbe echó una ojeada a la pequeña tarjeta impresa que le tendía uno de sus hombres usando un trozo de plástico para no dejar huellas en ella.

—No nos dice mucho —admitió de mala gana el oficial de Homicidios, leyendo las dos únicas palabras, impresas en la tarjeta con letra cursiva: «El Verdugo». Meneó la cabeza y contempló a otro de sus subordinados trazando con tiza el contorno del cadáver de Slocombe, tendido aún sobre la moqueta azul oscura, manchada de sangre. Añadió con un suspiro—: ¿Dice que algunos invitados vieron a un hombre vestido de verdugo?

—Eso es, teniente. Algo así como Boris Karloff en *La Torre de Londres* —aclaró el policía.

—Sí, ya lo recuerdo. La vi una vez por televisión. Un verdugo medieval, ¿no?

—Algo parecido, supongo.

—¿Se sabe quién podía ser ese invitado?

—Ni la menor idea, teniente. Aquí nadie daba sus nombres al llegar. Pudo ser cualquiera, incluso alguien que no figurase en la lista de invitados.

—Sí, es lo más probable —Crabbe se frotó la mandíbula y consultó su

reloj de pulsera.

Eran las cuatro y media de la mañana. En la penitenciada ya no se esperaba ejecutar a nadie. Sólo media hora antes, el propio gobernador se había visto obligado a suspender la ejecución por tiempo indefinido. Había una fotocopia de la confesión de Slocombe en cada matutino de la ciudad, y sería incluida en todas las ediciones especiales de la mañana. También había fotocopias en los centros jurídicos y policiales. Y el original sobre la mesa del gobernador.

Paseó por la estancia con tranquilidad. Dirigió una mirada escudriñadora al cigarrillo de boquilla consumido en el cenicero, a los fragmentos de vidrio de un vaso de whisky, roto junto a una pierna de la víctima. Y a la pistola calibre 22 de Slocombe, envuelta en una bolsa de plástico, sobre la mesa de vidrio ahumado.

—No hubo más que un disparo —dijo un agente tras buscar estérilmente huellas de algún otro impacto de bala en la sala—, Y muy certero por cierto.

—De eso no cabe la menor duda —aceptó Crabbe, asomándose a la ventana y contemplando la ciudad en la noche, con el muro vertical del rascacielos hasta el fondo de la calle—. Como tampoco hay duda de que el autor del homicidio escapó por la puerta, no por aquí. Ni un *sherpa* podría hacer tal hazaña.

—Debe ser una especie de justiciero —apuntó el sargento Whitney, su ayudante personal, regresando en ese punto de la sala donde estaban reunidos todos los demás invitados—. No parece un ajuste de cuentas, teniendo presente lo de la confesión...

—No me gustan los justicieros —gruñó Crabbe con pésimo humor—. La época de los héroes solitarios ha pasado. Esto es un homicidio, por mucha razón que asistiera a su autor. Y aunque esto salva la vida de Latimer, sigue siendo un delito.

—Librar a la ciudad de un tipo como Slocombe no será un delito para muchos, teniente —sonrió Whitney—. Habrá quien dará las gracias a ese verdugo por lo que hizo.

—Tal vez, pero yo no me contaré entre ellos, sargento. Para eso existen leyes en nuestro país. Si todo nos tomáramos la justicia por nuestra mano ¿adónde iríamos a

parar?

—No lo sé, señor, pero tal vez Bugsy Latimer tenga algo que decir sobre eso...

Crabbe resopló disgustado. No parecía sentirse cómodo con aquel tema. Minutos más tarde, los de la ambulancia se llevaban el cadáver de Slocombe, dejando los trazos de tiza en la moqueta, como única huella de su presencia allí, junto a la oscura mancha de sangre a la altura del corazón de la víctima. Los invitados del difunto, tras prestar una declaración provisional y dejar sus datos personales, iban siendo autorizados a regresar a sus domicilios.

Eran casi las seis cuando el teniente abandonaba el rascacielos, en pleno centro de la ciudad, y una claridad grisácea asomaba por detrás de los edificios, empezando a diluir las sombras de la noche. Iba a hacer un día caluroso, a juzgar por la humedad del ambiente. Crabbe se enjugó el sudor y fue hacia su coche bostezando.

—Tendré un día muy agitado mañana —señaló—. Voy a ver si duermo unas pocas horas cuando menos, sargento.

—Claro, señor. ¿No viene todavía su prometida, la señorita Maxwell?

—No, Whitney. Se queda unas semanas más en Europa. Llegará el próximo mes, si todo va bien. Lo malo de estar prometido a una mujer demasiado rica y demasiado conocida, es que uno nunca sabe cuándo va a tenerla cerca. Espero que eso se arregle con el matrimonio. Pero por otro lado, me permitirá ocuparme más a fondo del caso Slocombe.

—¿De veras le preocupa tanto que un rufián del hampa dorada de esta ciudad haya sido borrado del mundo de los vivos, teniente? —se sorprendió el sargento.

—Mire, Whitney, no es que me quite el sueño que un cerdo como Slocombe haya recibido su merecido, sino la forma en que ocurrió. No soy de los que creen que usando la ley del Talión o tomándonos todos la justicia por nuestra mano vamos a arreglar las cosas. Esta vez, la cosa resultó bien para alguien: Bugsy Latimer. Pero un vengador, un justiciero o como quiera llamarlo, puede equivocarse también un día. Y ser peor el remedio que la enfermedad. Por lo que a mí respecta, y mientras algo no me persuade de lo contrario, la aparición de ese «verdugo» no significa nada positivo para nadie.

Cerró de golpe la puerta de su coche y se alejó en dirección a su domicilio, a través de una ciudad cuyos últimos noctámbulos se retiraban a sus hogares y comenzaban a ser sustituidos en las calles por los madrugadores que iban al trabajo.

—La ciudad nunca duerme —comentó para sí, sentado al volante—, Y si me descuido, tampoco yo dormiré.

* * *

Arlene Rosenthal era una mujer hermosa. Muy hermosa. Siempre lo había sido, y ahora, en la plena madurez gloriosa de sus treinta y cinco años, esa belleza no sólo no se había marchitado, sino que estaba en su más esplendoroso momento.

Ser hermosa, elegante y rica, eran cosas que la mayoría de mujeres del mundo tenían

como un sueño imposible de alcanzar. Arlene Rosenthal había logrado todo eso de la vida, en parte por generosidad de la madre Naturaleza, en parte porque había sabido ganarse lo demás con su propio esfuerzo, su inteligencia y, por qué no decirlo, su absoluta falta de escrúpulos.

Porque si nació hermosa y supo aprender a ser elegante a lo largo de los años, se hizo rica con su iniciativa personal al casarse con un magnate de las finanzas como Edmond Rosenthal.

Ahora, Edmond Rosenthal estaba muerto, y sus millones y millones de dólares eran todos de ella. Podía, pues, dorarse al bello y cálido sol de Copacabana con total ausencia de preocupaciones, ya que sus cuentas corrientes en Brasil o Suiza eran tan cuantiosas como saneadas. Y si bien era cierto que las sospechas sobre su muy oscuro papel en la súbita muerte de Rosenthal eran cada vez mayores en los Estados Unidos, ella había sabido poner tierra de por medio, dejando atrás su país de origen y haciendo la vida entre Brasil y Europa, lejos de la jurisdicción americana, sumamente interesada en los últimos tiempos en interrogarla acerca de determinados puntos oscuros sobre la muerte de Edmond Rosenthal, que ya no parecía tan «accidental» como en un principio supusieran todos. Ella, acogida a la ausencia de procedimientos de extradición y de recursos de la Interpol en el país brasileño, disfrutaba gozosa de su dorada impunidad, sin atreverse ya siquiera a hacer visitas tan frecuentes a Suiza, aunque siempre dominando a distancia la cuenta secreta de su difunto marido, que sólo ella conocía.

Rodeada de guardaespaldas muy capacitados, dispuestos a todo para defenderla de cualquier audaz intento de secuestro por parte de las autoridades norteamericanas interesadas en reintegrarla a territorio estadounidense, Arlene Rosenthal disfrutaba así de su hermoso paraíso tropical, riéndose de lo necios que habían sido los policías de su país

cuando pudieron echarle el guante y no lo hicieron. Claro que por entonces ella había sabido pagar generosamente a muchas personas influyentes, sobornó a funcionarios públicos y compró favores a alto precio, logrando evadirse de la tupida tela de araña que la policía le tendiera al iniciarse las sospechas sobre la posibilidad de que la muerte del magnate Rosenthal fuese, simple y llanamente, un asesinato.

Ahora, aunque le constaba que poseían evidencias claras contra ella, ya era tarde. La lección de la justicia nunca iba a alcanzarla. Estaba a salvo, lejos de extradiciones y todo eso, en la más absoluta impunidad, y dueña además de la mayor parte de la fortuna Rosenthal, la que se conservaba fuera de los Estados Unidos, en cuantas corrientes codificadas en clave, ya fuesen en Berna y Zurich, ya en el propio Rio de Janeiro. Le divertía pensar en la ira que embargaría al casi todopoderoso hermano de su difunto esposo, al astuto Irah Rosenthal, incapaz de alargar sus potentes tentáculos contra ella para vengarse de la muerte de su hermano y de la pérdida de gran parte de sus bienes en efectivo. Pero actualmente, ni siquiera Irah podía nada contra ella. Arlene era una mujer fría, inteligente y cerebral. Aunque tuviese a un caro y codiciado gigoló de la *jet set* brasileña, como era el guapo y arrogante Alvar Méndes, no se permitía ninguna otra debilidad. El yate que se mecía suavemente junto a ella en estos momentos en que su bronceado cuerpo se doraba más aún, desnudo a excepción de su minúsculo slip rojo, tendido sobre aquella balsa amarrada al yate, dos docenas de hombres expertos en su trabajo, armados hasta los dientes, vigilaban que nada le sucediese.

Allá, en la distancia, se practicaban deportes acuáticos. Podía contemplar, bajo sus gafas de sofisticada estructura, las siluetas blancas de los rápidos veleros, las carreras de *surf* en la cresta de las olas o el vertiginoso deslizamiento de los patines sobre el agua, remolcados por las motoras que cortaban su azul superficie como cuchillos. Incluso había un deportista audaz, provisto de un casco multicolor de ligeras figuras plásticas, practicando un nuevo deporte náutico, consistente en hacer *surf* sobre una rutilante tabla de fibra sujeta a un pequeño motor fuera borda en forma de *scooter*. La gente gozaba, se divertía. Y ella disfrutaba de aquel idílico paraje, lejos de la sombra de unas rejas o de la más posible amenaza de la cámara de ejecuciones, si la ley llegaba a caer sobre ella con todo su peso.

Desde la cubierta del yate, un cuerpo atlético, perfecto y hermoso, surcó el aire, zambulléndose profundamente en las azules aguas, no lejos de la balsa donde se bronceaba Arlene Rosenthal, levantando un gran surtidor de agua espumosa. Ella sonrió, desperezándose

voluptuosa sobre el soporte blanco, erguidos al sol sus majestuosos pechos bronceados en toda su exultante desnudez.

El atleta era *su* Alvar Méndes, envidia de todas las mujeres ricas de Río, que no podían competir con ella, ni en dinero, ni en encantos físicos, para llevarse consigo al guapo *play-boy* de moda.. Era de su exclusiva propiedad, y sólo ella podía gozar de aquella célebre y bien cotizada virilidad de que había gala su joven amante.

Esperó complacida a que el deseado cuerpo musculoso y varonil emergiera de las aguas, sabedora de que aquella zambullida terminaría con un reposo en la balsa, tendido junto a ella, con su adorable cuerpo empapado de agua, hasta que ella, juguetona, lo condujese a los juegos eróticos y a la total posesión mutua. Hacer allí el amor, bajo el sol, delante casi de los deportistas del agua, le producía a Arlene un cosquilleo excitante de emoción y de morbo. Le hubiera gustado, incluso, ser contemplada por toda aquella gente, pero no podía permitirse tales lujos en su situación. Sus guardaespaldas tenían orden de ahuyentar a todo posible curioso con cajas destempladas. Arlene no quería correr el menor riesgo de una venganza o de un ajuste de cuentas, y menos aún de un posible intento de secuestro por parte de autoridades norteamericanas o de hampones alquilados por la policía americana... o por Irah Rosenthal.

Estaba pensando en todo ello, mientras acariciaba voluptuosa sus senos con ambas manos, cuando justo al borde de la balsa asomó alguien. Captó borrosamente su sombra, el momento de romperse la superficie del agua para surgir el nadador, y sonrió, segura de que era *su* Alvar Méndes.

No llegó casi a advertir la presencia del submarinista de atavío de goma azul oscura, gafas de inmersión y casco, justo al borde de la balsa flotante. Lo que sí noto es que unos ojos la miraban con frialdad implacable desde atrás de aquellas gafas montadas en goma. Y que una mano enguantada de azul apretaba el gatillo de un fusil de pesca submarina, asestado hacia ella.

Arlene gritó, aterrorizada, cuando el dardo brotó del fusil y se disparó, vibrante poderoso sobre su seno izquierdo, que atravesó con facilidad como si fuese un simple pez sorprendido por el submarinista. Ese grito se quebró con dolor, cuando notó un violento espasmo y un frío súbito escapó de su herido corazón para extenderse por todo su cuerpo. Arriba, en el yate, sonó la señal de alarma. Vanos hombres, pistola en mano,

corrieron a la borda.

El submarinista se había sumergido ya, dejando hincado en el arrogante pecho desnudo aquel dardo hincado brutalmente en tan vital blanco. Varias balas rebotaron en los bordes de la balsa o se hundieron en el agua, buscando al agresor. Pero ya era tarde para salvar a Arlene Rosenthal, que yacía boca arriba en su lugar de recreo, agitándose en espasmos, los ojos horriblemente abiertos, la boca contraída en una convulsión agónica. La sangre formaba un reguero brillante bajo su pecho izquierdo, deslizándose hacia su abdomen.

—¡La han matado! —rugió el jefe de seguridad del yate, pálido como un muerto, arrojándose a la balsa para intentar dar caza al agresor—, ¡Han matado a la señora, por todos los diablos!

Los guardaespaldas, en su impotencia ante el hecho consumado, convertían el agua en una criba, y algunos, vestidos incluso, se arrojaban al agua en busca del atacante misterioso. Alvar Méndes emergió en ese punto, tras presumir de una larga inmersión, para encontrarse, desconcertado, con todo aquel caótico momento de confusión en la superficie.

—¡Arlene! —chilló, demudado, saltando a la balsa y tratando de auxiliar a su amante.

—¡Arlene, por el amor de Dios! ¿Qué te ocurre? ¡Responde, responde! ¡Avisen a un médico, pronto, envíen un mensaje por radio a la Cruz Roja, a la policía, a quien sea!

—Es inútil, señor —dijo un guardaespaldas, que veía cómo el cuerpo seductor de la hembra se ponía rígido por momentos y los ojos se vidriaban—. Creo que está virtualmente muerta... Sólo son espasmos...

— Pero ¿quién? ¿Quién ha sido la bestia, el cobarde que hizo tal infamia? —sollozó aquel hombre, todo músculos y en compensación muy escaso de cerebro.

—Lo están buscando, señor. Apareció de debajo de las aguas, alguien creyó verlo, ataviado de submarinista... —informó el jefe del personal de Arlene Rosenthal, lívido y descompuesto, oteando el mar y esgrimiendo su poderosa automática provista de silenciador—. Mucho me temo que nos lleve demasiada ventaja ataviado así...

Ya algunos de los hombres se arrojaban al agua con depósitos de aire y máscaras de inmersión, pero el agresor les llevaba considerable ventaja para entonces.

No dieron con él. Uno de los guardaespaldas creyó haber visto alejarse en las profundidades un *scooter* submarino al que era imposible seguir sin medios adecuados.

La policía brasileña tampoco encontró huellas del homicida surgido de las aguas, cuando arribó a bordo del yate, requerida por Alvar Méndes. Sólo pudieron constatar que la viuda Rosenthal había muerto víctima de la herida en su corazón. Más tarde, el forense de Río añadiría que aquel dardo, por si fallara el blanco, estaba impregnado de una sustancia altamente tóxica que hubiera acabado con la vida de la viuda, por superficial que fuese la herida, en muy pocos minutos.

Lo más sorprendente de todo fue que el dardo disparado por el fusil de pesca submarina, ostentaba una especie de negro penacho en su extremidad, donde había sido escrito con pintura plateada, en inglés: «El Verdugo».

CAPITULO III

—Otra vez «El Verdugo»... Es la tercera.

—¿La tercera? Creí que sólo había actuado dos veces...

—En esta ciudad, sí —aseguró sombríamente Mark Crabbe, de la División Metropolitana de Homicidios—, El tercero ha sido en Brasil.

—¡Brasil! —se sorprendió el Comisionado Warren, mirando con asombro al oficial de policía—. ¿Tan lejos llega la garra de nuestro siniestro juez y ejecutor, teniente?

—Así es. Mató a Arlene Rosenthal, viuda de Edmond Rosenthal, el multimillonario.

Ella era sin duda alguna la asesina de su marido, según evidencias tardías en nuestro poder, pero la extradición era imposible, ya que se acogía a las leyes brasileñas y eso significaba su total impunidad. «El Verdugo» no conoce esos procedimientos, señor, y actuó a su modo. Audaz y fríamente, con terrible eficacia. Un dardo de pesca submarina, empapado en veneno, acabó con su vida delante de todo su ejército de hampones a sueldo, sin que nadie pudiera evitarlo, ni tan siquiera dar caza al atrevido asesino.

—¿Llama usted «asesino» a un hombre capaz de hacer justicia sobre aquellos que quedan al margen de la misma? —terció el periodista Hannibal Fox del *Clarion*.

—Señores, quien comete un acto así a sangre fría, sea quien sea la víctima elegida, es un vulgar asesino —replicó glacialmente el policía, mirando con ojos hostiles al reportero—. Ya sé que su literatura sensacionalista lo está convirtiendo en una especie de héroe público, pero para mí «El Verdugo» es un personaje execrable.

—¿Por qué? ¿Por matar a personas que merecen morir, o porque así pone en evidencia al Departamento de Policía, burlándose de sus procedimientos totalmente ineficaces contra los criminales demasiado listos? —se mofó Fox con tono sarcástico.

Crabbe no contestó, limitándose a pasear por la estancia donde yacía ahora el cadáver de Desmond Gregory, muerto de un solo tiro en la frente, justo entre ambas cejas. Era el último hallazgo macabro en la ciudad. Sobre el cuerpo semidesnudo del difunto, una tarjeta se adhería a su pijama abierto, con una sola frase que él conocía bien: «El Verdugo».

Hasta poco antes, Desmond Gregory había sido un honorable hombre de negocios local, al margen de toda sospecha. Ahora, existía una confesión firmada por el mismo antes de morir, admitiendo haber violado y asesinado a dos menores en los últimos meses. Por uno de esos delitos, había sido ajusticiado poco antes un hombre que, a la luz de aquella minuciosa confesión, era inocente como él mismo lo jurara desesperadamente hasta el mismo momento de ser ejecutado en la silla eléctrica.

—¿Y quién va a devolver ahora la vida a aquel pobre diablo, teniente? —quiso saber Hannibal Fox al leer la copia de la confesión, remitida a la prensa local por el mismo e implacable justiciero.

—Escuche, Fox, yo no lo envié a la silla —se irritó Crabbe, encarándose con el periodista—. Le arresté, cumpliendo con mi deber, y hubo un juez, un jurado, un abogado y un fiscal para decidir su culpa o su inocencia. Si alguien erró allí, no es asunto nuestro.

—Eso no creo que consolara en absoluto al infeliz —rió Fox, sacudiendo la cabeza con un gesto sarcástico en su cara rubicunda, mientras seguía moviéndose de un lado para otro en busca de información fresca y apasionante.

Crabbe no comentó nada. Tras comprobar que un arma de pequeño calibre había sido la autora de la muerte, y que a juzgar por la ausencia de ruido el disparo se hizo con silenciador, se retiró aparte con el Comisionado Warren, al que informó sombrero, mientras hacía

apuntes en su agenda:

—Si ha sido realmente obra del «Verdugo», tenemos que es una persona de gran facilidad de maniobra, dotada de medios abundantes y sin duda alguna sin apremios económicos. Mató a Jason Slocombe hace quince días, a Arlene Rosenthal hace sólo siete, y ahora acaba con un hombre rico e influyente como Desmond Gregory sin demasiadas dificultades. Lo mismo usa un arma automática silenciosa, que un fusil submarino con dardos envenenados. Viaja a Brasil y regresa de inmediato aquí a ejecutar a otra de sus víctimas... Está bien informado, debe tener confidentes en los bajos fondos, detectives que trabajan para él y un sinfín de recursos que revelan posesión de medios de fortuna. Esa clase de hombres no abundan. Hay que buscarlo entre personajes acomodados, de fácil maniobra, que viajan con frecuencia y que no despiertan sospechas. Tal vez relacionado con alguna injusticia que sufrió personalmente en sus propias carnes y que lo incitan a convertirse en justiciero a su manera. Posiblemente sólo sea un psicópata que ha leído demasiadas novelas baratas, no sé. Pero tiene método, sangre fría y precisión. Y no parece equivocarse. Hasta ahora, cada víctima suya era realmente culpable.

—Eso a la gente le impresiona favorablemente, teniente —dijo el Comisionado con preocupación—. Es obvio que el sentir popular está de parte de ese hombre...

—Lo sé. Y los periodistas explotan esa corriente para vender más diarios, deformando los hechos y convirtiendo a un vulgar asesino en algo parecido a un héroe.

—¿Tiene pensado algo para terminar con este estado de cosas? El alcalde me ha dicho que la situación empieza a ser intolerable, y que su amigo, el senador Keefer, está muy molesto y empieza a presionarlo para que se haga algo efectivo en el caso. Imagine lo que va a ocurrir de este asunto... Ciertamente que ninguno imaginamos que un hombre como Gregory fuese un violador y un asesino de menores, pero eso no va a impedir que las cosas se desborden...

Lo sé, Comisionado. Nosotros, la policía, pagaremos por todos, estoy seguro. Como si dispusiéramos de una varita mágica que nos señalara sin lugar a dudas al responsable de todo esto.

—Yo sólo le digo lo que me comunicó el alcalde cuando Bugsy Latimer abandonó la penitenciaría en libertad definitiva.

—De no ser por «El Verdugo», Bugsy hubiera muerto en la silla. Y era

inocente.

—Eso es lo malo —resopló su interlocutor—. O lo bueno, no lo sé a ciencia cierta, amigo mío. Hasta ahora ¿qué ha hecho nuestro «Verdugo»? Evitar una ejecución injusta, castigar a una persona que se creía impune, y vengar una ejecución que nunca debió llevarse a cabo, eliminando al verdadero culpable y, de paso, impidiendo que otras chicas pudieran ser víctimas de un sádico con apariencia respetable.

—Eso es lo que juega contra nosotros, Comisionado. La gente simpatiza con él. Será

difícil desenmascararlo, y aun cuando lo logremos, todo el país se pondrá de su lado en el juicio y, posiblemente, salga absuelto pese a sus crímenes a sangre fría.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero hay que hacer algo, aunque sea arrastrando la impopularidad. Peor es que las cosas se resquebrajen políticamente. Si el Senador Keefer es llamado al orden en Washington, aquí podríamos tener un auténtico terremoto.

—No soy un político, sino un policía —replicó secamente Crabbe.

—Lo sé. Pero le conviene acabar con esto cuanto antes —le aconsejó Keefer, apoyando una mano en su hombro y sonriendo bonachonamente desde su rostro curtido y bronceado, bajo los cabellos blancos como la nieve—. Créame, teniente, no sería agradable para mí tener que dimitir..., ni para usted terminar otra vez de patrullero por las calles.

Se alejó, tras soltar esa andanada. Mark arrugó el ceño, paseando por la estancia.

Hannibal Fox se acercó a él lanzando uno de sus habituales dardos:

—El cielo parece encapotado, teniente. ¿Cuándo estallará la tormenta?

—No lo sé, Fox, pero tenga usted cuidado con los rayos. Podrían alcanzarlo.

Y salió dando un portazo, mientras el periodista reía entre dientes, anotando algo en su bloc.

* * *

Mark Crabbe miró fijamente a las tres personas que tenía ante sí. Con

las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón, caminó hasta la ventana asomada a la calle ruidosa y contaminada, bajo el intenso calor veraniego que azotaba la urbe, convirtiéndola en un horno húmero y bochornoso.

—Los he reunido a todos aquí porque tengo una teoría respecto al «Verdugo» —dijo brevemente.

Ellos asintieron, sin dejar de estudiar con cierta curiosidad. Crabbe, según su costumbre, dio unos pasos por la estancia y se detuvo otra vez, contemplando los rascacielos comerciales circundantes, como si hubiera en sus feas estructuras verticales algo realmente atractivo. Todos sabían que su mente estaba muy lejos de allí.

—Y no les oculto nada si les confieso que «El Verdugo» podría ser uno de ustedes tres

—añadió con tranquilidad.

Ninguno se sobresaltó en exceso para ser víctima de tan afilado dardo. Se miraron entre sí un momento. Uno de ellos sonrió, acariciándose el fino bigote con un dedo, antes de preguntar suavemente:

—¿Esto es algo parecido, entonces, a una de esas «cenos de acusados» que los viejos maestros de la novela policíaca prodigaban tanto?

—No diga tonterías, Carpenter. Sabe usted que no es eso.

—¿Entonces...? —enarcó las cejas Ryan Carpenter.

—No los acusaré de nada..., todavía. A ninguno de ustedes. Están demasiado al margen de toda sospecha para ello, pese a que cualquiera de ustedes tendría motivos sobrados para ser «El Verdugo» en persona.

—En todo caso, yo sólo lo podría ser para vengar a mi hermano Edmond —comentó con indiferencia Irah Rosenthal, el millonario.

—Yo porque una de las muchachas que violó y asesinó ese miserable de Gregory, era mi propia hija —añadió calmoso Calvin Goodish.

—Según esa peregrina teoría, me tocaría a mí la sospecha simplemente por haber sido el abogado defensor de dos de las personas que fueron condenadas a muerte por hechos que no cometieron —completó con su peculiar suavidad Ryan Carpenter.

—Exacto, Carpenter. Usted es el principal sospechoso. Es un abogado brillante, joven, de inmejorable posición económica, viajero habitual... Y tuvo la desgracia de defender a Bugsy Latimer y a Frank Orwell. El primero salvó su vida porque Slocombe confesó y murió a tiempo. El segundo no tuvo tanta suerte y murió en la silla eléctrica antes de que Desmond Gregory fuera desenmascarado. Usted, Carpenter, tiene la obsesión, manifestada muchas veces en público, de que nuestras leyes no son nada perfectas, de que el sistema judicial es defectuoso y de que los errores jurídicos son excesivos.

—Así es —sonrió el abogado—. Esas declaraciones me han costado varias serias reprimendas por parte de los estamentos judiciales, e incluso he estado a punto de ser suspendido en mis funciones como letrado a causa de mis críticas al sistema. Pero eso no quiere decir que deje la toga para empuñar un arma y hacer justicia a mi modo, teniente.

—Yo tampoco lo estoy acusando de ello, Carpenter. Sólo digo que ustedes tres tienen por diferentes motivos grandes coincidencias con el modo de pensar que uno imagina en «El Verdugo».

—Personalmente, no tenía nada contra la viuda Rosenthal, teniente —advirtió Calvin Goodish pasándose lentamente una mano nervuda y fuerte por sus cabellos canosos, escasos y revueltos, mientras los cansados ojos, tras las gafas de montura metálica, estudiaban con indiferencia al policía—. Cuando violaron y mataron a mi pobre Leilah, sentí tal odio hacia el culpable que lo hubiera matado con mis propias manos. Cuando supe que estaba muerto de un tiro y que «El Verdugo» era el responsable, bendije el nombre de esa persona, sin importarme demasiado el hecho de que hubiera matado a un hombre a sangre fría. Para mí, Desmond Gregory no era un hombre, sino una bestia sanguinaria y feroz, a la que hay que eliminar de la sociedad. Pero de eso a ser yo «El Verdugo», media un abisma

—Es mi mismo caso, teniente —terció con suavidad Irah Rosenthal—. Detestaba profundamente a Arlene. Siempre supe que ella mató a mi hermano para disfrutar de sus cuantiosos millones depositados en Suiza o Brasil. Después, averigüé que compartía su fortuna con un *play-boy* latino, un tal Alvar Méndes, y ahora me llegan noticias de que una parte de su fortuna, robada a mi hermano mediante el crimen, pasará a manos de ese vividor profesional, gracias a un legado vergonzoso de mi cuñada, que pienso impugnar ante los tribunales internacionales de Justicia.

—De modo que ese brasileño, Alvar Méndes, se lucra de la fortuna de

los Rosenthal, gracias a la trágica muerte de Arlene —comentó Crabbe pensativo.

—Así es, teniente. Es una aberración más en este caso.

—Resulta curioso lo fácil que sería para alguien suplantar a una persona anónima como «El Verdugo», cometiendo un crimen para su lucro personal, y hacer creer a la

gente que se trataba de un acto de estricta justicia, caballeros

—Una coartada perfecta para un asesino astuto, estoy de acuerdo —sonrió Carpenter, afirmando con la cabeza—, ¿Sospecha usted que ese *gigoló* fue quien mató realmente a la viuda Rosenthal y no nuestro enigmático y novelesco «Verdugo», Crabbe?

—No pienso nada —cortó algo abrupto Mark—, Además, el asunto Rosenthal no es cosa mía oficialmente, ya que el delito se cometió en Brasil. Ciñámonos a los hombres muertos aquí, en esta ciudad. Mi comentario sobre una posibilidad real era sólo marginal, se lo aseguro.

—Pero verosímil y muy digno de tener en cuenta —corroboró el abogado suavemente—. Aunque supongo que lo que a usted le interesa por encima de todo, es dar con el ejecutor de sentencias sumarisimas que está dejando en ridículo a los jueces americanos, ¿no es cierto?

—Aunque ese hombre haya matado a tres personas moral y materialmente responsables de actos criminales, ello no lo exime de su propia culpa, Carpenter. Le aseguro que sea quien sea «El Verdugo», tendrá que responder un día ante esa misma Justicia de la que se burla, por los actos que está llevando a cabo.

—¿No sería más eficaz tratar de impedir que estas cosas ocurran en nuestra sociedad, en nuestro Estado, en esta misma ciudad precisamente, que cargar todas las culpas al «Verdugo»? —sugirió suavemente Goodish—. Si alguien no hubiera muerto en la silla eléctrica por lo que no hizo, ahora ese hombre no hubiera tenido necesidad de castigar al culpable que estaba impune. Y de no existir delitos como el que costaron la vida a mi hija y a otra muchacha de su misma edad, y que la policía no hace nada por evitar, no estaríamos aquí discutiendo de todo ello, teniente Crabbe.

—Todos ustedes parecen muy inclinados a defender al «Verdugo», como sospechaba

—dijo irónicamente Crabbe—, No puedo detenerles por eso, pero los reuní aquí a los tres para advertirles que mi Departamento, del mismo modo que persigue a los delincuentes de todo tipo, aunque desgraciadamente no con toda la eficacia que sería de desear, como muy bien apuntaba usted, señor Goodish, va a dedicar de lleno sus esfuerzos para dar con «El Verdugo», sea como sea.

—¿No va a arrestar a ninguno de nosotros por sospechoso? —sugirió irónicamente Irah Rosenthal.

—Sabe que no puedo hacerlo. Carezco de evidencias contra ninguno de ustedes. Ni siquiera sé si entre los tres está realmente «El Verdugo». O si los tres son, a la vez, esa persona.

—Un vengador colectivo ¿eh? —sonrió Carpenter, pensativo, paseando su elevada estatura por la estancia—. Curiosa sugerencia, teniente. Sí, muy curiosa. Supongamos que un grupo de personas, deseosas de hacer justicia, se reúnen secretamente y dictan sentencia condenatoria contra alguien que permanece en la impunidad. Una especie de jurado clandestino que es, a la vez, juez y verdugo posteriormente. ¿Es eso lo que ha sugerido de nosotros tres?

—De ustedes tres, de otros o de ustedes unidos a otros más. Es otra posibilidad a tener muy en cuenta, caballeros. De modo que si «El Verdugo» es, en realidad, una sociedad anónima y no un solo individuo, tampoco ese juego va a servirle para escapar a

sus responsabilidades. Es cuanto quena decirles. Y esperar que, si realmente son ustedes inocentes, colaboren con la policía cuando se les pida.

—Personalmente, me niego en redondo a colaborar —dijo Calvin Goodish con energía—. Nunca moveré un dedo contra el hombre u hombres que vengaron el trágico final de mi hija, teniente.

—Me parece humana su posición, aunque injusta —Crabbe miró a los otros dos—, ¿Y

ustedes?

—Pienso igual —dijo Rosenthal con frialdad—. No espere mi cooperación más allá de lo que me exija la propia Ley para no quebrantarla.

—Legalmente, estoy obligado a prestarle colaboración, teniente —suspiró Ryan Carpenter—, Y la tendrá, pero sin el menor entusiasmo

por mi parte.

—Gracias, señores. Hemos sido todos sinceros, a lo que veo —miró su reloj—. Ahora si me disculpan, debo dejarlos. Ya están advertidos al respecto. Voy a ser muy duro con quien proteja o encubra al «Verdugo». Es cuanto tenía que decirles. Debo ir al aeropuerto de inmediato. Cierta persona llega hoy a la ciudad y debo recibirla.

—Sé de quién se trata —sonrió Carpenter—. La bella Kate Maxwell, su prometida.

—Está muy bien informado, Carpenter.

—Los movimientos de la señorita Maxwell siempre son bastante conocidos. Las personas que, además de jóvenes y bonitas, son ricas, famosas en la alta sociedad y practican el deporte, acostumbran a ser noticia de ecos sociales regularmente. Conozco a la señorita Maxwell de cuando su padre, el doctor Maxwell, trabajaba como médico forense, antes de su muerte en aquel naufragio. Transmítale mis saludos más afectuosos, teniente.

—Lo haré, Carpenter —prometió Crabbe, abandonando la oficina y dejando en ella a los tres hombres.

* * *

El automóvil avanzaba rápidamente por la cinta asfaltada hacia el aeropuerto internacional de la ciudad. Un amasijo de nubes grises en la distancia, parecían presagiar una brusca alteración climatológica.

—Tal vez termine de una vez este pesado calor y llueva un poco —se dijo Crabbe, empuñando el volante con firmeza, la mirada fija ante sí.

Aceleró un poco al dejar atrás una zona industrializada del extrarradio urbano, porque iba algo retrasado. No quería que a su llegada, Kate se encontrase con su ausencia.

Después de dos meses separados estaba deseando verla de nuevo.

Recordó lo que dijera Ryan Carpenter, el joven y combativo abogado: «... si además de joven y bonita, es rica, famosa y practica deportes, acostumbra a ser noticia...»

Sí. Kate era siempre noticia. Por una u otra cosa, pero lo era. Eso lo disgustaba profundamente. Tan profundamente como el hecho de que fuese rica. Pero no podía hacer nada por evitarlo. Su padre, siendo

acaudalado, ejerció modestamente como forense durante años enteros. Ella practicaba el deporte amateur y viajaba como escritora, renunciando a usar su fortuna para caprichos personales. Pero él se sentía un

poco intimidado ante su fama, su dinero y su independencia. Kate era una muchacha todo vitalidad, acción y energía. Sólo que eso no podía hacerle olvidar sus millones, aunque ella prometiera siempre que cuando fueran marido y mujer sólo vivirían del dinero que ganasen ambos en sus respectivas profesiones. Él como policía, y ella como escritora de revistas de actualidad o cobrando por publicidad. Aun así, el desequilibrio continuaría existiendo. Un policía gana menos que mucha gente, y entre esa gente se podía incluir a la propia Kate.

—Si eso te tortura, seré capaz de renunciar también a mis actividades — había prometido ella.

Pero eso sería injusto. Crabbe no es que estuviera chapado a la antigua. Su esposa podía tener su propia actividad y no limitarse al hogar. Sólo que todo lo que ella parecía tocar generaba dinero. Era una especie de bella reina Midas involuntaria. No tenía codicia ni ambiciones económicas. Por eso mismo, tal vez, el dinero acudía a ella con rara facilidad.

De repente, los pensamientos de Crabbe sufrieron una interrupción. El radioteléfono de su coche, permanentemente conectado a la División de Homicidios incluso en horas fuera de servicio, emitió el apagado zumbido de llamada. Lo descolgó, sin dejar de empuñar el volante, reduciendo totalmente la velocidad aunque se deslizaba por una prolongada recta.

—Crabbe —dijo escueto—. ¿Qué hay?

—Informe urgente, teniente Crabbe —dijo la voz del telefonista del Departamento de Homicidios—, Le pongo con el sargento Whitney.

Los grises ojos de Mark se endurecieron. Ni siquiera ahora podía dejar de ser un policía, cuando sólo soñaba con los suaves brazos de Kate, con sus labios húmedos, con sus ojos color caramelo...

—Bien —dijo—. Espero.

Una breve pausa. Luego, la voz familiar del sargento, algo excitada, como siempre que había malas noticias:

—Teniente, lamento molestar en estos momentos...

—No importa. Siga, sargento. ¿Qué es lo que ocurre?

—Un asesinato. Doble asesinato, por añadidura. De primera magnitud. Va a conmover la ciudad de arriba abajo.

Brillaron sus pupilas. Sintió que su cuerpo se tensaba como una ballesta a punto de disparar. Encajó las mandíbulas con tanta fuerza, que le dolieron.

—¿Cómo ha sido? — indagó.

—Brutal. Hay sangre por todas partes. Los cuerpos están acribillados a balazos, como en los viejos tiempos del gangsterismo, teniente. Al menos les han metido treinta balas.

—Dios, estamos bien —se quejó Mark—. ¿Las víctimas?

—Agárrese fuerte, teniente. Son hombre y mujer. El chico, Donald Keefer, el hijo del Senador Keefer, la mujer, su prometida, Linda Adams.

Mark resopló. Se mantuvo unos segundos en silencio. El coche patinó ligeramente de lado, tal fue la brusca conmoción que agitó su mano al volante. Enmendó la marcha y trató de pensar con frialdad. No era fácil.

—¿Dónde ocurrió? —quiso saber.

—En un viejo almacén del puerto. Debieron llevarlos allí secuestrados. Estaban con las manos atadas. Tenían un gesto de verdadero horror. Debieron saber de antemano lo que iban a hacer con ellos. Ni siquiera los vendaron o recurrieron al clásico tiro en la nuca, teniente. Los barrieron a tiros.

—¿Alguien oyó algo?

—En esa zona, si oyen algo no lo dicen. La gente es muy cauta por allí. No, no ha dicho nadie una palabra. Un estibador los halló por casualidad, al buscar unas herramientas.

Era un almacén poco utilizado.

—¿Calculan cuándo sucedió?

—Sí. El forense dice que anoche. Entre medianoche y la madrugada.

—Entiendo —ya se veía el aeropuerto en la distancia, y algunos

aviones entraban y salían de él, cruzándose en el cielo cada vez más nuboso y sombrío—. Veré todo eso cuando regrese. Hágase cargo de todo por el momento, Whitney. ¿A qué se dedicaba el hijo de Keefer?

—Profesionalmente, a nada. Su padre no quería que trabajase. Pero el muchacha había salido duro y decidido. Investigaba el vicio en esta ciudad. Escribía una serie de reportajes en el *Herald*. Todos contra la droga, la prostitución, el proxenetismo, la corrupción política y todo eso. A su padre no le hacía gracia porque decía que él no debía mezclarse en esas cosas, que para eso estaba él, como senador de los Estados Unidos, pero creo que en el fondo se sentía orgulloso de que un muchacho joven y rico deseara abrirse paso por sí mismo, aunque fuera como columnista. Esa chica, Linda Adams, era compañera suya en el *Herald* antes de hacerse novios. Colaboraba activamente con él en esa campaña de denuncia pública del vicio en la ciudad.

—Mucha gente debía sentirse molesta con el joven Keefer. Lo suficiente para eliminarlo del mundo de los vivos. Y a la chica con él. Pobres muchachos... Esta ciudad apesta a podrido, sargento.

—Pienso lo mismo, señor —admitió tristemente el policía—. Lo informaré de cuanto vaya ocurriendo, no se preocupe.

—Sí, por favor. En cuanto haya atendido a mi prometida unos momentos, iré para allá sin perder tiempo, Whitney. Hasta pronto.

Colgó, con el ceño fruncido y la expresión sombría. Aceleró, llegando en escasos minutos a la zona de aparcamiento del aeropuerto, frente a la llegada de vuelos internacionales.

Llegó muy a tiempo. Kate descendía ya de un *Jumbo* 747 procedente de Londres, entre una hilera de viajeros de diversas razas. Le agitó el brazo jovialmente en la distancia, apenas vislumbró su rostro entre los de los demás que aguardaban a los recién llegados.

Minutos más tarde, salvados los trámites aduaneros, ambos jóvenes se encontraban con un prolongado abrazo y un beso que unió sus labios larga y cálidamente.

—Mi querido Mark... —musitó ella, mirándole tiernamente—, No sabes cuánto deseaba volver a verte, estar de nuevo aquí...

—Yo también soñaba con este momento, Kate —suspiró Crabbe apretando contra sí el cuerpo esbelto, cálido y palpitante de su prometida, con cuyo cabello claro jugueteaba un aire húmedo y repentino. Los ojos de un color ámbar suave se

mantenían fijos en él. Con una sonrisa, añadió brevemente—: A veces pensé que no deseabas realmente el regreso...

—Oh, no digas esas cosas, cariño —protestó ella vivamente—. Los ingleses me retuvieron con una petición inesperada. Una serie de reportajes sobre asuntos de actualidad y un programa por la BBC durante tres semanas. Algo fatigoso pero inevitable. Nunca deberías tener semejantes ideas sobre mí, Mark.

—Lo siento, las tendré siempre mientras estés lejos con tu trabajo.

—Creí que habíamos quedado de acuerdo en ese punto, Mark. Yo podía llevar a cabo mi tarea mientras tú haces la tuya...

—De acuerdo, de acuerdo —convino él de mala gana, mientras caminaban hacia la salida— Pero lo cierto es que cuando no estás aquí me siento perdido, me falta algo...

—Sé que nunca me creerás, pero también a mí me faltan muchas cosas cuando no te tengo cerca, pienses lo que pienses —murmuró ella apretándose a su brazo—. Empiezo a pensar que cuando sea la señora Crabbe, es posible que deje el periodismo y decida ser solamente la mujer de nuestro hogar.

—Eso casi no puedo creerlo —rió Mark sacudiendo la cabeza—. Sería como renunciar a todo lo que te fascina en esta vida, Kate.

—Te equivocas, Mark —se paró, mirándolo muy seria unos momentos—. Lo que realmente me fascina es sentirme querida, amada por alguien. Eso es algo que ningún trabajo en parte alguna del mundo puede darme.

—Te sobran los admiradores de toda condición social...

—No seas tonto. Sabes que no me refería a eso. Esa gente no me interesa. Eres tú, Mark. Sólo tú, cariño...

Crabbe y ella subieron al coche. Las nubes ya eran algo más que un presagio amenazador sobre la comarca. Cubrían totalmente el cielo, que parecía noche cerrada.

Estaban empezando a caer gruesos goterones de agua cálida.

—No se puede decir que mi ciudad me reciba demasiado bien —bromeó Kate, sentándose junto a Mark y depositando sus maletas en el asiento de atrás.

—Cualquier cosa será mejor que el calor que hemos pasado estos días —suspiró el policía—. Incluso un poco de lluvia o una tormenta de verano no nos vendría nada mal...

—Si tú lo dices... —Kate se encogió de hombros— En Londres he pasado varios días viendo llover y no me hace demasiada gracia, pero imagino que aquí será distinta Empezaron a rodar de regreso a la ciudad Mark iba pensativo, y Kate se daba cuenta de ello. Le estudiaba de soslayo sin pronunciar palabra. Al final, comentó:

—¿En qué estás pensando? No parece que sea yo el objeto de esos pensamientos...

—Nada, es mejor olvidarlo.

—Quizá, pero no puedes.

—Es cierto. Tengo muchas preocupaciones estas días —confesó Mark con un gesto expresivo—. Ha surgido un vengador en la ciudad, una especie de moderno justiciero.

La gente está de su parte, pero yo sostengo que es un vulgar asesino, un homicida que justifica sus actos basándose en los errores judiciales. Lo llaman «El Verdugo» porque él mismo firma así con una tarjeta o con cualquiera otro método.

—Contado de esa forma no parece tan malo. Si es para hacer justicia...

—Pero Kate, nadie puede tomársela por su mano.

—Si los jueces se equivocan voluntariamente o no, la opinión pública lo tiene muy en cuenta. Y es natural que se incline por el que hace justicia aunque sea de modo poco ortodoxo. ¿Se sabe algo sobre la identidad de ese curioso personaje?

—No, nada de nada. El abogado Carpenter es el más involucrado, por estar relacionados los hechos con dos clientes suyos, pero eso es todo lo que tengo. Por si ello fuera poco, acaban de matar al hijo del senador Keefer y a su prometida, la periodista Linda Adams, del *Herald*.

—Cielos, eso si es grave —los ojos de ella se iluminaron, excitados—, ¿Cómo fue?

—De un modo horrible. Masacrados a tiros, como en los tiempos de Chicago. Ocurrió en un viejo almacén portuario, quizá tras ser

secuestrados. No sabemos más todavía.

Me informaron de ello cuando iba a recogerme al aeropuerto.

—Sí que está movida esta ciudad —comentó ella pensativa, mientras la lluvia comenzaba a batir el parabrisas con gotas gruesas y cada vez más persistentes.

—Demasiado —gruñó Mark con gesto adusto.

Rodaban por la recta interminable de la autopista que conducía al cruce de carreteras a velocidad moderada. Encendió los faros de cruce dada la escasa visibilidad a causa del nublado cada vez más oscuro y la intensidad de la lluvia. Por la ventanilla abierta se filtraba el fuerte olor a sulfuro de la tarde borrascosa.

De repente, brotó la llamarada a sus espaldas. Kate gritó, aferrándose a él alarmada, mientras el fulgor los cegaba, reflejado vivamente por el espejo retrovisor. Rápido, Mark desvió el coche a la cuneta y frenó en seco, buscando la culata de su revólver. Kate mostraba sus ojos muy abiertos, francamente asustados.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella.

—No lo sé —dijo secamente Crabbe—. Pero sea ello lo que sea, ha ocurrido aquí, dentro de este coche...

CAPITULO IV

La luz había sido repentina, brillante y casi cegadora, como el fogonazo de un viejo flash fotográfico. Tras ellos, varios coches pasaron vertiginosos, rebasándolos, sin que ocurriera nada. Crabbe los vigiló, sentado al volante, arma en mano.

—Pensé que alguien nos disparaba desde otro coche —musitó ella.

—Yo también. Pero no ha habido impacto alguna La llamarada o lo que sea. brotó de ahí atrás. Veamos lo que puede ser...

—Ten cuidado —avisó ella—. Puede tratarse de algún artefacto explosivo...

—Si fuera así, ya estaríamos lisios —rió huecamente Mark, saltando al asfalto de la carretera—. Habríamos volado en pedazos antes de saber lo que ocurría, querida.

Abrió con cautela la portezuela posterior. Apartó con sumo tiento las dos maletas y el portafolios de Kate, escudriñando atentamente el asiento y el suelo del vehículo. No vio en principio nada especial.

Solamente después advirtió la presencia de aquel objeto cuadrangular al fondo del asiento, casi invisible a causa de tener el mismo color del tapizado de su coche.

Con el máximo cuidado, se inclinó, examinando aquel adminículo desconocido. Era una caja metálica. Aparecía entreabierta, y brotaba de su interior un leve vapor oscuro.

No despedía ningún olor especial. Alargó su mano armada y alzó del todo la tapa con el cañón de su revólver reglamentario, muy lentamente. La caja de metal estaba forrada de piel color marrón. El interior de la misma apareció vacío. Un humo tenue escapaba de su fondo.

—Parece la obra de un bromista — comentó—. Una caja con algún producto que, en un momento dado, se inflamó, despidiendo una llamarada sin ruido. Pero no tiene sentido gastarme una broma a mí, Kate.

La caja no estaba todo lo vacía que pensara. Al diluirse el humo en el aire, descubrió dentro un sobre cerrado. Lo alzó con su revólver, sin tocarlo. Pudo leer lo que decía fuera, mecanografiado:

«Al teniente Mark Crabbe. Personal».

—¿Qué es eso? — indagó Kate.

—Tiene todas las trazas de ser un mensaje —comentó Mark preocupado—. Pero nunca se sabe. Hay explosivos laminados que caben dentro de un sobre, y al contacto con el aire estallan. Hoy en día está muy avanzada esa técnica. Será mejor que salgas del coche mientras lo abro. Por si acaso...

—No me moveré de aquí —aseguró ella—. Como dices, si hubieran querido asesinarnos, ya estaríamos ambos en la eternidad. No hay duda de que ese mensaje es sólo eso y nada más. Vamos, ábrelo, no creo que vaya a morderte.

Mark no dijo nada. Desgarró el sobre sin rodeos, esperando que Kate estuviera en lo cierto. Con alivio, descubrió una cartulina dentro, una especie de tarjetón rectangular, que extrajo no sin antes envolver sus dedos en un pañuelo para no dejar huellas.

Los caracteres mayúsculos, en letra gruesa, trazada con rotulador negro, destacaron

ante él con nitidez:

«PUDE HABERLE MATADO Y NO LO HICE. NO SOY UN ASESINO.
SOLO HAGO

JUSTICIA, AUNQUE USTED NO LO ENTIENDA. NI SU NO VIA NI
USTED TIENEN NADA QUE TEMER DE MI. NO DESEO SU ODIO,
SINO SU COMPRENSION.

»“EL VERDUGO”.«

—¡Ese cínico! —bramó Crabbe, airadamente, dominando con dificultad su intención de estrujar aquel tarjetón entre sus dedos—. ¡Se ha atrevido a desafiarme, a demostrar que podía matarnos si quería, que no tiene dificultad alguna en introducir algo en mi propio coche!

—Mark, no sé quién será esa persona ni cuáles tus sentimientos hacia ella, pero algo es evidente: no pretendió causarnos el menor daño a ninguno de los dos. y eso es de agradecer. Imagina que esa caja la hubiera depositado ahí un asesino...

Mark no respondió, pero sus ojos brillaban irritados. Se sentó de nuevo junto a Kate, depositando la misiva en la guantera y

reanudaron el viaje hacia la ciudad.

—Algo es evidente, sin embargo —murmuró durante el camino—. «El Verdugo» me conoce personalmente. Y, sin duda, yo también a él. Eso reduce mucho el campo de las posibilidades y las sospechas, estoy seguro. Pero la verdad es que esa impresión ya la tenía antes de ahora. Debí seguirme al aeropuerto y poner el artefacto ahí, mientras te esperaba.

—Sí, creo que es lo que debió ocurrir —admitió Kate, pensativa.

Crabbe miró en tomo, a los coches que iban y venían, y murmuró entre dientes, con gesto de contrariedad:

—No me gusta ser vigilado por ese individuo, Kate. No me gusta nada. Me temo que cada vez está más cerca de cometer un error, un grave error que demuestre que no es más que lo que yo afirmo que es: un vulgar criminal...

Era un espectáculo horrendo, incluso sin la presencia de los cadáveres.

Sobre el suelo polvoriento y las paredes desconchadas y sucias, los regueros de sangre formaban extrañas manchas y dibujos de siniestro cariz. Había también numerosos impactos de bala levantando el estuco o astillando los marcos de puertas y ventanas. Numerosos vidrios pulverizados alfombraban el lugar, en derredor de las siluetas dibujadas por la tiza policial en el suelo.

—Debí de ser una escena dantesca —fue el comentario de Crabbe, mientras recorría el escenario del doble crimen—. Imagino que usaron alguna metralleta para esa masacre...

—Sí, una moderna metralleta de calibre 45 —asintió el sargento Whitney—, Abrieron fuego desde la puerta de entrada, abatiéndolos a los dos en escasos seguidos sin lugar a dudas. El que manejó el arma sabía cómo hacerlo.

—Sí, eso es evidente —asintió el oficial de Homicidios amargamente—. Debieron oírse los disparos a mucha distancia. Hay pocas metralletas capaces de usarse con silenciador.

—Que yo sepa, algunas de tipo militar, difícilmente al alcance de grupos delincuentes que no sean terroristas —convino el sargento—. Pero ya le dije que en esta vecindad la gente nunca oye nada No hay peor sordo que el que no quiere oír, teniente.

Crabbe asintió, deteniéndose a examinar los impactos en los muros. Las ráfagas estaban a una altura aproximada de la que correspondería, según sus cálculos, a una persona muy baja de estatura.

—Normalmente, una metralleta se dispara a la altura de la cintura, sobre la cadera —

opinó en voz alta—. Eso significa que nos hallamos ante un pistolero sorprendentemente pequeño. Yo diría que no más de un metro sesenta, Whitney.

—Cielos, es cierto —admitió con perplejidad el sargento, midiendo mentalmente el nivel de los balazos en el muro—.

Ninguno nos habíamos fijado en eso... Sólo un hombre me viene a la mente en estos momentos, teniente.

—Bud «Little» Nemo —recitó sordamente Mark—, Uno cincuenta y nueve de estatura, experto en armas automáticas, relacionado con la mafia internacional y con el Sindicato del Crimen. Buscadlo donde esté. Enviad descripciones, fotografías y huellas a todo el país, especialmente a todo este Estado. Lo quiero... ¡y pronto!

—Sí, teniente. Pero «Little» Nemo es sólo un pistolero, un tipo que se alquila...

—Lo sé. Quiero encontrarlo antes de que quienes le pagaron por hacer esto lo liquiden también a él, sargento. Es todo. Vámonos de aquí. Esas manchas de sangre empiezan a revolverme el estómago. Y usted sabe que no soy un novato en estas cosas...

* * *

El abogado Carpenter se enjugó el sudor de su frente.

Uno a uno, los doce miembros del jurado ocuparon sus asientos. En su lugar de acusada, su cliente, Audrey Younger, contuvo el aliento, mirando los rostros inescrutables de quienes debían decidir sobre su suerte inmediata.

Carpenter evitó mirar un periódico del día, el *Clarion*, sobre las rodillas de un espectador cercano, con los terribles titulares de primera plana que tanto miedo lo habían provocado aquel último día del proceso:

«EL VICIO Y EL CRIMEN DOMINAN LA CIUDAD. LAS LEYES

DEFRAUDAN AL PUEBLO. ¿QUIENES MATARON AL JOVEN KEEFER Y A SU NOVIA?

¿QUE SE HARA PARA QUE NOS SINTAMOS DEFENDIDOS Y PROTEGIDOS?»

Sí. Ryan Carpenter sabía que aquello era malo, muy malo para Audrey Younger y para su procesamiento por asesinato en primer grado. No importaba mucho que ella clamara por su inocencia constantemente, que grupos feministas se manifestaran en su favor y que él mismo creyera en esa inocencia de su cliente. Podía captar en el ambiente de la sala que no sólo el público asistente estaba de uñas contra la acusada, sino que el jurado era hostil. La psicosis ciudadana de que la Justicia no era capaz de frenar la ola de crimen y violencia, culminada con el atroz asesinato de Donald Keefer y Linda Adams, podía convertirse en una espada de Damocles contra su defendida.

Hacía calor en la sala. Mucho calor, pese al aire acondicionado, y pese a que llovía allá fuera y, de vez en cuando tronaba sobre la ciudad. El aire era pesado, bochornoso, y a ello no era ajena la propia atmósfera de la sala de justicia.

Audrey Younger era acusada del asesinato de su amante, Paul Clifford, hallado muerto en su casa, víctima de varias cuchilladas mortales que lo habían desangrado como a una res en el matadero. Fue detenida y acusada formalmente de inmediato. Sin embargo, ella insistía en que no estaba siquiera en casa cuando eso sucedió, por haberse peleado con su amante, a causa de las tendencias homosexuales de éste y su relación con otros hombres. Ella afirmaba repetidamente que un hombre alto, rubio, de unos cuarenta años, visitaba con frecuencia a Clifford y debía de ser el asesino, tal vez en un arranque de celos o cosa parecida. Nadie en la sala daba la impresión de creer esa parte de la historia. Audrey Younger tenía algo contra sí misma: era demasiado llamativa, agresivamente opulenta, sus enormes senos eran difíciles de disimular y su natural frivolidad también. Procaz y desgarrada, con la sensualidad y el vicio dibujados en su boca carnosa, en su gesto y en su cuerpo, resultaba difícil que los caballeros honestos del jurado y más aún las cinco mujeres que formaban parte del mismo sintieran la menor simpatía por la acusada.

—La defensa tiene la palabra —dijo en ese punto de sus nada optimistas reflexiones la voz del juez, al terminar el desfile de testigos e informes por el banquillo.

Carpenter se puso en pie, carraspeó, armándose de valor, y comenzó su larga conclusión de los hechos, dirigiéndose al jurado con fácil palabra y tono declamatorio.

Durante cuarenta minutos desgranó todas sus argumentaciones más hábiles en favor de su defendida, apeló al rigor y lógica de cada miembro del jurado y analizó de modo exhaustivo las pruebas circunstanciales contra Audrey Younger, procurando eludir en todo momento la circunstancia de que su defendida tenía muy mala fama en cuanto a su carácter vía lento, dado a la agresión, e intentando sugerir que era muy posible que las probadas tendencias homosexuales de la víctima hubieran podido provocar la reacción homicida a otra persona, seguramente a un hombre.

Terminó con unas palabras encaminadas a causar un hondo efecto en su audiencia

—Y yo los emplazo aquí, como ciudadanos justos y americanos íntegros, a que su veredicto sea minuciosamente estudiado para evitar que, en un futuro inmediato, alguien pueda ser ajusticiado por algo que no hizo, y cuando ya no tenga remedio, un vengador particular nos demuestre a todos lo contrario de lo que creíamos.

Un murmullo aprobatorio del público, como él esperaba, acogió esa velada alusión suya a la figura popular de «El Verdugo». Sin embargo, en seguida notó que había sido un error respecto a juez y jurado. A ninguno le hizo gracia la mención de otros errores judiciales que estaban presentes en la mente de todos. Pero ya era tarde para rectificar.

El fiscal fue duro y contundente en sus conclusiones, mostró a Audrey Younger como

«un monstruo de vicio, depravación y sexo, una hembra violenta y primaria, lujuriosa y sensual, capaz de odiar y amar con igual intensidad, y por su propia naturaleza un peligro para la moral y la vida de los ciudadanos decentes de la ciudad». Fue un discurso hábil y despiadado. Y surtió sus efectos.

El veredicto fue la culpabilidad de asesinato en primer grado, sin atenuantes. El juez la condenó a la pena capital.

—¡No, no pueden hacerme esto! —chilló ella, forcejeando rabiosa entre los agentes al conocer la sentencia—. ¡Soy inocente, soy inocente, malditos bastardos! ¡El asesino de Paul fue ese hombre rubio, maldito sea él, ese marica asqueroso llamado Mason

Nichols!

Se la llevaron en medio de un gran escándalo, pero la prensa estaba presente, y los diarios pudieron publicar interesantes fotografías de aquel dramático momento, así como grandes titulares dando la noticia de que la acusada había señalado al conocido industrial de la ciudad, Mason Nichols, como asesino y homosexual.

El escándalo estaba servido. Aunque Mason Nichols apareció en televisión junto a su esposa, negando implícitamente «aquellas calumnias y contra los periódicos que publicaban su nombre mezclado con tal inmundicia, la ciudad entera empezaba a notar en el apuesto y rubio caballero ciertos tics y matices poco varoniles, así como se recordaban y salían a la luz ciertos rumores y hechos sospechosos, como el apoyo del rico industrial a ciertos jóvenes actores del cine y la televisión, y a sus numerosas amistades masculinas, casi siempre de personas de menor edad que él y bastante agraciadas. El club náutico a que pertenecía, optó por darle de baja pese a su prestigio personal como socio.

Y entonces, uno de los diarios publicó en primera plana un titular que era como una espoleta retardada o una mecha prendida junto a un polvorín:

«ESTE ES UN ASUNTO PARA “EL VERDUGO”, ANTES DE QUE
AUDREY YOUNGER

SEA AJUSTICIADA.»

El autor de tan desafortunado y sensacionalista titular no era otro que Hannibal Fox, columnista del *Clarion*.

CAPITULO V

Había cesado de llover en la ciudad y volvía el calor, aunque menos bochornoso que en días anteriores. Tímidamente, el sol lucía tras unos nubarrones cada vez más difusos.

Mark Crabbe contempló con ojos helados a uno de sus visitantes. Se inclinó sobre su mesa de trabajo y soltó las palabras como pistoletazos:

—Es usted un irresponsable y un loco, Fox —dijo duramente.

El periodista enarcó sus cejas. Se le notaba inquieto pero lo disimulaba bajo una mueca algo cínica. Cruzóse de piernas y respondió calmoso:

—Ser policía no le da derecho a insultarme, Crabbe.

—¡Me da derecho a lo que a mí me dé la gana! —bramó Mark perdiendo la paciencia y pegando un puñetazo en su mesa—. ¡Usted no es un periodista, Fox, es una sanguijuela maldita que goza exprimiendo todo lo de peor gusto para vender diarios! ¿Cree que se puede tolerar que escriba esa basura, como sugiriendo al

«Verdugo» que mate a Mason Nichols?

—Yo no digo nada de eso. Estamos en un país libre y puedo emitir mi opinión. No me dirá que no han habido errores judiciales en abundancia últimamente en esta ciudad. ¿Por qué lo de Audrey Younger no puede ser otro?

—Escuche, Fox, la Justicia ha dictado sentencia. No tenemos por qué dudar de su rectitud y honestidad. Pero aunque existiera error, ¿eso legitima que un chupatintas como usted reclame un nuevo asesinato para enmendar un yerro judicial?

—No me ofenda, Crabbe, está pasándose conmigo... —protestó airado Hannibal Fox.

—¡Le digo lo que siento, maldito sea usted y su periódico! Por ese titular tan desgraciado podría hacerlo detener, acusándolo de incitación al homicidio.

—Inténtelo, y le hundiré su carrera, Crabbe. La gente se echará sobre usted.

¿Espera que se olviden de asuntos como la muerte del joven Keefer y su novia, metiendo entre rejas a un periodista por publicar lo que muchos sienten ahora?

—Creo que ambos deberían reflexionar y no enzarzarse en esa pelea sin sentido

—suspiró la tercera persona presente en el despacho con tono amable.

Fox y Crabbe se volvieron a ella. Ninguno objetó nada, como esperando a que quien arbitraba en tal disputa expusiera alguna iniciativa más para pacificar el encuentro.

—Opino como el teniente, Hannibal —siguió con suavidad—. Tu titular es muy desdichado, lo confieso. Me avergüenza por ser colega tuya precisamente.

—¿También tú te pones contra mí? —protestó Fox—. Eres algo más que periodista, Sue. Eras amiga de Linda Adams..., compañera suya en el diario...

—No tienes que recordarme eso — los ojos pardos de la joven se nublaron.

Movió su cabecita pelirroja y tardó algo en continuar—: Linda y yo éramos las mejores amigas del mundo. Su muerte ha sido para mí causa de un tremendo dolor, puedes creerlo. Tal vez en el fondo me gustaría que «El Verdugo» acabara con quienes mataron a esa gran chica y al joven Keefer. Pero sé que no podemos volvernos todos como fieras en una jungla, o perderemos todo lo que de civilizado existe en nosotros, Hannibal. Ese titular tuyo es una incitación a la violencia, a seguir matando en nombre de una pretendida justicia, de un modo de entender el «ojo por ojo, diente por diente». No puedo aceptarlo como periodista. Ni como persona.

Pero también puedo decirle a usted, teniente Crabbe, que comprendo la reacción de Hannibal en este caso. Si esa mujer fuese realmente inocente, y Mason Nichols el auténtico asesino, ¿sería mejor que fuera ella ajusticiada o que él pagase su culpa antes de morir ella?

—Creo que ambas cosas serían una desgracia —dijo roncamente Mark contemplando a la bella reportera que había acudido aquel día a su cita en el Departamento, junto con Hannibal Fox. Se calmó poco a poco y habló más sereno—

: Si la he hecho llamar aquí hoy, Sue, es sólo por su condición de amiga de Linda, no como periodista. A su colega ya sabe por qué lo llamé.

—Me temo que no podrá ayudarlo demasiado, teniente —confesó la joven alisando su falda sobre las bonitas piernas que exhibía al tenerlas cruzadas con indolencia—. Linda no tenía enemigos, salvo los que su pluma incisiva podía causarle, ayudando a Donald Keefer a combatir el vicio en la ciudad. El que silenció a Donald hizo lo mismo con ella. Pero no puedo ni imaginar quién pueda ser.

—Quizá algún pez gordo al margen de toda sospecha —suspiró Fox.

—En eso estamos de acuerdo — b mirada huraña de Mark se cruzó con la del periodista—. El clima en esta ciudad está muy cargado, tanto por «El Verdugo»

como por ese doble crimen monstruoso. Y todo eso puede que lo

pague una inocente y esa inocente sea Audrey Younger, no lo sé. Personalmente, esa mujer no goza de mis simpatías, pero si es inocente trataré de ayudarla. Estamos investigando a Mason Nichols, por si eso les sirve de consuelo a ambos.

—Sabía que haría algo así —sonrió Sue Gaylord, del *He raid*—. Pero la gente como Nichols son difíciles de cazar. Tienen dinero, influencias, posición... Su esposa es nada menos la presidente de la Liga de la Moralidad Ciudadana ¿lo sabía?

—Lo era, Sue —rectificó Fox—. Tuvo que dimitir ayer. El escándalo ha salpicado demasiado a todos los Nichols como para seguir en ese cargo.

En ese momento, el sargento Whitney asomó por la puerta de la oficina, haciendo un gesto a Mark. Este se volvió hacia él.

—Adelante, sargento. ¿Alguna novedad? —pidió.

—Sí, teniente. Me han entregado esto para usted —fe tendió un papel doblado.

—Disculpen —dijo Mark, abriéndolo para leerlo.

Arrugó el ceño. El texto era breve:

«Lo han llamado del City Hall El Comisionado Warren y el senador Keefer lo esperan allí dentro de una hora sin falta».

Guardó el papel y paseó por su oficina. Fox le estudiaba curioso. Sue Gaylord se puso en pie y fue hacia él. Era una joven de figura muy atractiva.

—¿Algo nuevo, teniente? —preguntó la periodista.

—No, nada especial. Las fuerzas vivas de la ciudad y del Estado se ponen en pie de guerra —bromeó fríamente Mark—. Eso es todo, señorita Gaylord.

—Creo entenderlo —sonrió ella—. Lo dejo, teniente. Publicaré algo sobre Donald y Linda en el número de mañana, no deje de leerlo. Y siento no tener nada de nada para ayudarlo.

Sonó el teléfono. Crabbe lo descolgó, atendiendo la llamada con monosílabos, en tanto Hannibal Fox se ponía en pie con displicencia y encendió un cigarrillo. El rostro de Crabbe se endureció. Colgó, y se

quedó mirando al vacío.

—Yo sí tengo algo para usted, señorita Gaylord —dijo—. Quédese un momento.

Fox arrugó su frente, disgustado, y se paró en la puerta del despacho.

—¿De modo que va a decirle a ella algo que me oculta a mi? —gruñó—. Eso no es justo, teniente. Ni tan siquiera creo que sea legal siendo usted un policía que se debe a...

—¡Salga de aquí inmediatamente, estúpido! —bramó Crabbe.

Y Fox no se lo hizo repetir, saliendo disparado hacia la calle.

Sue Gaylord esperó en pie, frente a él, sin pronunciar palabra. Crabbe se apoyó en su mesa, fijó en ella su dura mirada y dijo lentamente:

—Acaban de informarme que hallaron un cadáver en el muelle, señorita Gaylord.

—¿Un cadáver?

—Sí. Un hombre asesinado de varios tiros en la cabeza. Se le ha identificado como un peligroso hampón, pistolero profesional, llamado Bud «Little» Nemo. Tengo motivos para suponer que ese hombre abatió a tiros a Donald Keefer y a Linda Adams.

—Dios mío...

—Confiaba en encontrarlo vivo, pero sabía demasiado para eso. Han tapado su boca para siempre. Los que están detrás de ese crimen no se andan con chiquitas.

Tenga cuidado con lo que escribe. No me gustaría que le causaran algún daño esos canallas

—No se preocupe, teniente —sonrió con tristeza la joven reportera—. Me cuidaré. ¿Puedo publicar eso como noticia?

—Sí, hágalo. Písele el terreno por una vez a ese majadero de Fox. Puede afirmar que «Little» Nemo era un pistolero a sueldo de quienes se deshicieron de Keefer y su novia. Por tanto, una mafia anda detrás del asunto. Ese tipo sólo aceptaba trabajos de organizaciones criminales como el Sindicato y cosas así.

—Gracias por la información, teniente. No olvidaré este favor.

La joven le sonrió agradecida y abandonó el despacho. Crabbe soltó un resoplido y descolgó el teléfono haciendo una llamada.

—Lo siento, Kate —dijo cuando ella se puso—. Esta tarde no podremos vernos a la hora prevista. Tengo una reunión de altos vuelos en el City Hall. Te llamaré en cuanto termine.

—Claro, cariño —respondió Kate—. Estoy habituada a estas cosas. Por algo soy la novia de un policía, ¿no?

—Sí —sonrió forzado Mark—. Y por algo ese policía trabaja en una asquerosa ciudad, sucia como un estercolero y maloliente como una cloaca.

Y colgó, tras lanzar un desganado beso a su bella prometida.

* * *

El senador Keefer era grande, gordo y calvo. Rebosaba salud en su rostro rubicundo y su humanidad robusta, pero no estaba en sus mejores momentos.

Tenía la mirada ensombrecida, bolsas oscuras bajo sus ojos y un nerviosismo irritante en sus ademanes y gestos. No se podía olvidar que había perdido a un hijo único, de veinticinco años, sólo unas horas antes.

Junto a él, la blanca melena del Comisionado Warren era como un casquete de plata flotando sobre su rostro curtido y moreno, lleno ahora de preocupaciones. Los dos hombres escucharon cuanto tenía que decirles Mark Crabbe sobre Bud «Little»

Nemo y su muerte en las aguas de la bahía.

—De modo que muerto ese pistolero, no queda ningún eslabón más en la cadena

—concluyó amargamente el Comisionado Warren.

—Eso me temo, señor —afirmó cansadamente Crabbe—. El podía habernos conducido a la organización criminal que se mueve en esta ciudad, y contra la que, sin duda, su hijo, Senador, había conseguido alguna evidencia que tal vez jamás lleguemos a conocer. De memento, lo que ello pudiera ser lo ignoramos, porque incluso la mejor amiga de su novia lo desconoce todo al respecto.

—Lo sé —gimió el senador, bajando su cabeza con abatimiento—. Hablé con esa chica el otro día. Supongo que se refería usted a Sue Gaylord, la periodista...

—Así es, señor. Si Sue no fue informada por su amiga Linda, es que no le dijo una palabra a nadie. Y si su propio hijo no se sinceró con usted, senador, es que no dijeron nada a persona alguna, confiando en desenmascarar de golpe, espectacularmente, a los culpables del vicio en esta ciudad. Hubiera sido un gran triunfo para los dos jóvenes ambiciosos de gloria periodística. Pero se enfrentaron a gente demasiado poderosa, señores. Gente que no se detiene ante nada.

—Pero ¿quiénes, quiénes, Dios mío? —se quejó amargamente el senador Keefer.

—Eso es lo que no sé —aún —admitió con pesar Crabbe—. Todo el Departamento trabaja en ello. Tal vez la muerte de Nemo nos dé alguna pista.

—O quizá tengamos que recurrir al «Verdugo» para que haya justicia, teniente —

terció con frialdad el Comisionado Warren, clavando sus ojos oscuros en el policía.

Mark se mordió el labio inferior. No era difícil captar el reproche que llevaban implícito aquellas palabras.

—Admito que no progresamos demasiado, Comisionado —silabeó—. Pero es como luchar contra sombras. Esa gente nunca da la cara. Alquilan pistoleros, asesinos a sueldo. Y ellos se quedan en la oscuridad, como todos los mafiosos.

Acostumbran a ser personas ricas, respetables, lejos de toda sospecha. Tal vez ustedes mismos hayan cruzado la palabra con ellos más de una vez, sin sospechar ni remotamente su auténtica condición de jefes de organizaciones criminales. Resulta muy difícil enfrentarse a gente así, y más todavía obtener pruebas contra ellos. Pero lo intentaré por todos los medios, y juro que lo conseguiré de un modo u otro, señores.

—En usted confiamos, teniente —dijo el senador con tono desolado—. Sé que nada ni nadie en este mundo devolverá ya la vida a mi hijo. Pero por lo que más quiera, déme la satisfacción de ver a sus asesinos ante un juez y un jurado.

O al caso contrario, también desearé que sea «El Verdugo» quien haga

justicia...

Mark Crabbe miró largamente al senador y acabó asintiendo con lentitud, mientras estrechaba las manos de ambos hombres y se dirigía a la salida del despacho del alcalde Yates, ausente en aquella reunión a alto nivel.

—Es humano lo que piensa, senador —dijo tristemente—. Esperemos que algún día seamos capaces de que la Ley y la Justicia imperen realmente en esta ciudad, y la gente no tenga que confiar en un vengador para sentirse más segura... Sería muy mala cosa que una sociedad como la nuestra tuviera que depender de alguien como

«El Verdugo» para ver que se hace justicia...

* * *

Mason Nichols sonrió meloso al muchachito joven y guapo que tenía ante sí.

—Sabía que nos arreglaríamos, querido —dijo con voz suave, pasando una mano de dedos acariciadores sobre el cabello castaño y rizado del muchacho—. Lo supe en cuanto te vi en ese snack...

Las luces parpadeantes del snack bar cercano de donde saliera poco antes en pos del jovenzuelo solitario, daban a la calle tonalidades lívidas, en rojo y azul, que se reflejaban en algunos de los charcos de las recientes lluvias caídas sobre la ciudad.

La noche era calurosa y húmeda.

—Oiga, tío, no pensará que voy a ir con usted por capricho —dijo con tono desenfadado el chico—. Uno busca ganarse unos dólares, la verdad...

—Claro, claro —d rico industrial miró en torno, humedeció sus delgados labios y sonrió nervioso, hurgando en su billetero. Puso en las manos del jovenzuelo hasta cinco billetes de veinte dólares—. ¿Está bien así?

—Claro —el otro se embolsó el dinero y miró cínicamente al hombre rubio y maduro erguido ante él—. ¿Adónde vamos, señor?

—Ahí mismo —señaló Nichols el cercano parque—. Rara vez lo vigilan a estas horas de la noche. Es un buen sitio para nosotros.

—¿No sería mejor un hotel, tío? Conozco uno aquí cerca que...

—No, no —rechazó vivamente Nichols—. Hoteles, no. No me gusta que me vean en ninguna parte. Mejor el parque. ¿Vamos, cariño?

—Bueno, como usted diga —aceptó el chico, encogiéndose de hombros, y dejándose conducir por su pareja, que lo tomó de los hombros, llevándolo consigo con clara impaciencia.

Se adentraron en el parque, solitario y oscuro a aquellas horas. Una leve brisa jugueteaba con los setos y la arboleda, dando la impresión a veces de que alguien los seguía sigilosamente, emboscado en la espesura.

Nichols se detuvo en una zona particularmente oscura y se volvió a su acompañante.

—Aquí —susurró, excitado—. Vamos, querido...

El muchacho, con indiferencia, como quien hace algo por rutina, se soltó la hebilla y comenzó a bajarse los pantalones. También Nichols hada ya lo mismo.

De súbito, la luz de la lámpara los bañó en resplandor. Nichols gritó subiéndose rápido los pantalones. El muchacho miró despavorido hacia la luz.

—¡Cielos, la policía! —chilló, echando a correr como un gamo, y perdiéndose en la espesura en cosa de segundos.

Mason Nichols quedó solo frente al chorro repentino de luz que emergía de detrás de un seto, en desairada postura, sujetando su pantalón para que no cayera.

—Buenas noches, Mason Nichols —saludó una voz ronca, susurrante.

—¿Quién... quién es usted? —jadeó el otro, lívido—. ¿Me conoce?

—Ya ve que sí —la voz era .apagada, un murmullo profundo y frío.

—Usted no... no es policía... —dijo con dificultad el industrial.

—Yo, no lo soy.

—Ya entiendo... —se relajó un poco—. Es un intruso. Quiere dinero. Chantaje,

¿no? Me ha estado siguiendo...

—Sí, le he estado siguiendo. Pero no quiero su dinero. Es tan sucio como usted.

—Dios... —Nichols tragó saliva, muy asustado. Trataba de ver algo tras aquel foco

resplandeciente, blanco y cegador, pero no le era posible sino vislumbrar una sombra difusa, confundida entre las tinieblas del parque—, ¿Qué quiere, entonces?

—Justicia. Sólo eso, Nichols.

—¿Justicia? No lo entiendo... No iba a hacer nada a ese chico. Nada que él no quisiera. Le pagué bien por ello. No es un ingenuo precisamente...

—Ya me di cuenta. Es un vividor, un pillo sin escrúpulos.

Y usted un cerdo.

—Escuche, nadie es quién para juzgarme. Cada uno tiene sus gustos...

—Nichols, usted era amante de Paul Clifford.

—¿Qué? —el acusado se echó atrás, tambaleante, abrió la boca, y palideció más aún—. ¿Qué es lo que está diciendo?

—Confíeselo. Usted tenía relaciones con Paul Clifford, el hombre que vivía con Audrey Younger y era mantenido por ella.

—Yo... yo no...

—Es inútil que lo niegue. Lo sé. Usted le pagaba, como pagó a ese chico, Nichols.

—Eso no es un crimen. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Clifford murió. Audrey Younger dijo que usted lo mató.

—¡Miente! ¡Esa mujer miente, maldita zorra! —aulló Nichols—, ¿Qué pretende usted? ¿A qué juega? Si grito, acudirá la policía, lo arrestarán por esto...

—Mucho dudo que lo hagan —rió la voz, hueca e impersonal—. Aunque llame a la policía, llegará tarde. Siempre llega tarde, Nichols.

Yo siempre me anticipo a ellos.

—¿Quién es usted? — insistió él, frenético.

—Me llamen «El Verdugo».

—¡«El Verdugo»! —un escalofrío sacudió al industrial—. Dios mío, no... No es posible...

—Lo es, Nichols. He venido a por usted.

—¡Se equivoca, maldito sea! —chilló—. ¡Yo no maté a Clifford! ¡Era mi amante, sí, le pagaba por ello, pero no lo maté!

—Todos afirman ser inocentes. Tendrá que probármelo.

O lo mataré ahora mismo

Avanzó hacia él la luz, implacable. Mason Nichols perdió el control de sí misma el terror lo hizo reaccionar del modo menos adecuado. Hundió su mano en la chaqueta, disparó a través del bolsillo...

La bala horadó el tejido y silbó en la noche con seco estampido. Un gemido breve y ronco sonó tras la luz. La interna osciló levemente.

—¡Te he dado! —rugió Nichols, radiante, extrayendo el arma humeante—. ¡Te he dado, maldito «Verdugo» del diablo!

Se dispuso a disparar de nuevo. De las sombras brotó un gemido apagado, seco, como cuando se descorcha una botella de champaña. Nichols se estremeció. La bala del «Verdugo» lo alcanzó en la frente, le hizo un negro y feo agujero bajo los rubios cabellos. Se le dilataron los ojos, miró atónito a las sombras, y su revólver calibre 32 disparó otra vez, perdiéndose la bala en la hojarasca húmeda.

Cayó de bruces, poco después de que sus pantalones se deslizaran grotescamente hasta sus tobillos. Quedó así, en postura nada airosa, sobre la gravilla mojada del parque, deslizándose un delgado hilo de sangre desde el orificio negro.

La luz osciló de nuevo insegura, como si su portador vacilase. Algo goteó al suelo, tras la claridad de la lámpara. Hubo un apagado murmullo de contrariedad.

—Sangre... —susurró la voz—. Estoy sangrando... Ese cerdo me alcanzó...

Sonaban ya estridentes silbatos policiales en la distancia, tras las dos detonaciones del arma de Mason Nichols. Su matador dejó caer algo blanco y cuadrangular, de pequeño tamaño, sobre el cuerpo sin vida. Era una tarjeta de visita con un solo nombre impreso en ella: «El Verdugo».

Se alejó el personaje de la lámpara encendida, tras apagar el foco blanco y cegador.

Sus pasos sonaban inseguros en la gravilla. Iba dejando tras sí un reguero de gotas de sangre, que logró contener tras cruzar el seto, aplicando algo a la herida.

Dejó de sangrar, pero sabía que eso era sólo momentáneo. La hemorragia no se iba a detener tan fácilmente.

Poco después, un automóvil se alejaba de la zona a marcha moderada. Las manos al volante se crispaban con dolor. Sobre el asiento, volvió a gotear débilmente la sangre.

CAPITULO VI

Mark Crabbe terminó de charlar con Kate a través del teléfono. Había tenido un día muy agitado, y sólo pudo llamarla a última hora, cuando ya se retiraba a descansar. Kate comprendió una vez más, con admirable sentido de la responsabilidad que tenía su prometido, disculpándolo por no poder salir aquel día como proyectaran.

Tan cansada como la suya sonó la voz de Kate al despedirse para quedar en verse sin falta al día siguiente. Más tranquilo, Mark se dispuso a dormir.

Había conciliado apenas su primer sueño cuando lo despertó el teléfono, sonando insistentemente en la mesilla. Lo descolgó, aturdido, con los párpados pesando como losas a causa del sopor, pero todo se diluyó al sonar la voz del sargento Whitney en su oído:

—Lo siento, señor, no hubiera querido molestarlo a estas horas por nada del mundo, pero acaban de identificar un cadáver en la Morgue.

—¿De qué diablos se trata ahora, sargento? —gruñó Mark malhumorado.

—De un hombre hallado sin vida en el Parque Lincoln esta misma noche, a las once y veinte. Un agente de patrulla oyó disparos y acudió. Encontró un cadáver, el de un hombre bien trajeado, rubio y de edad madura, con los pantalones bajados.

—¿Qué?

—Ya sabe, señor, el Parque Lincoln.- Es el lugar preferido por los homosexuales de esta ciudad... El tipo no llevaba documentación encima. Tal vez no quería que lo identificaran si era arrestado o cosa parecida. Pero ya sabemos quién es. Se trata de Mason Nichols.

—¡Mason Nichols! —repitió Mark pegando un salto en la cama—, ¡El hombre a quien acusó Audrey Younger en el juicio!

—El mismo, teniente. Es obvio que aquella mujer dijo la verdad. El tipo era una mariposa... Pero el que lo mató no fue precisamente uno de los suyos. Tenía una tarjeta encima de sus ropas...

—Cielos, no...

—Sí, señor, es quien usted sospecha: «El Verdugo»...

—¡«El Verdugo»! ¡Ya ha hecho lo que le pedían esos buitres del *Clarion*! ¡Fox se sentirá satisfecho! ¿Hay alguna confesión de Nichols?

—No, señor, ninguna —negó Whitney—. Esta vez, no.

—Está bien, voy para allá. Veremos el lugar del suceso y examinaré el cadáver —

rezongó Crabbe, dominando su disgusto y abandonando la cama—. Espéreme, sargento.

Cuando se reunió con Whitney una hora más tarde, comprobó que, efectivamente, el muerto era Mason Nichols y que la bala que le penetró por la frente era del mismo calibre que la que mató a Jason Slocombe y a Desmond Gregory. La tarjeta tenía todas las trazas de ser auténtica, porque era exacta a las anteriores del «Verdugo».

Al visitar el parque, fue cuando lo informaron del hallazgo de gotas de sangre que reaparecían luego en un cercano aparcamiento callejero, para desaparecer después definitivamente.

—De modo que esta vez, nuestro «Verdugo» no salió tan bien librado —dijo entre dientes, contemplando las oscuras manchas—, Nichols lo hirió con su arma... Pero llegó a su coche y escapó. Si la herida es leve, no daremos con él tampoco ahora. Pero si es algo grave..., puede que al fin tengamos la primera pista que conduzca al «Verdugo», sargento.

—Dios lo quiera, señor. Tal vez ese tipo, Nichols, era un cerdo. Pero nadie tiene derecho a hacer justicia por su propia mano...

—Claro que no. Además, esta vez «El Verdugo» se equivocó. No tenemos confesión alguna. Esta muerte, por tanto, no servirá de nada. Audrey Younger será ejecutada igualmente, dada la ausencia de pruebas contra Nichols.

—Tal vez este suceso demore la ejecución de la sentencia, ¿no cree?

—Es posible. Pero dudo que baste para un indulto o la conmutación de la pena.

Ahora, tomen muestras de esa sangre para tratar de hallar el grupo sanguíneo del

«Verdugo», e intenten obtener alguna huella de los neumáticos del coche que estuvo aparcado en el punto donde desaparece la sangre, si

ella es posible. Yo visitaré a la señora Nichols, a ver si puede ayudar en algo ahora que ya no tiene objeto encubrir la desviación sexual de su marido. Si él tuvo relación con Clifford, ella puede que lo sepa. Y si lo mató, quizá también.

Se tomó dos cafés bien cargados para soportar la noche en vela, y fue a visitar a Muriel Nichols, la viuda del industrial muerto en el Parque Lincoln. No obtuvo mucho de ella, pese a todo, aunque sí la confirmación de las tendencias homosexuales de su marido, y la seguridad de que pagaba dinero a Paul Clifford para mantener con él relaciones íntimas. Nada consiguió, en cambio, respecto a su posible participación en el asesinato del amante de Audrey Younger. La señora Nichols negó rotundamente saber nada de eso, y mostró sus dudas sobre una posible culpa de su marido.

Mark tomó otra taza de café al llegar a la oficina del Departamento de Homicidios, y efectuó una llamada al alcaide de la prisión del Estado, donde Audrey Younger esperaba su último paseo hasta la cámara de gas para dentro de dos semanas. La informó de todo lo sucedido aquella noche.

El alcalde escuchó pacientemente. Luego, su respuesta cayó sobre Mark Crabbe como una ducha de agua helada:

—Gracias por su información, teniente, pero eso ya no puede cambiar nada. La condenada Audrey Younger, en un momento de descuido, se ha abierto las venas de sus muñecas con un filo metálico que no sabemos cómo consiguió. Ha sido ingresada en gravísimo estado en la enfermería de la prisión, donde ha fallecido hace sólo una hora.

—¿Qué? —jadeó Mark, demudado.

—Así es, teniente. Pero antes de morir, al saber que ya no existía esperanza alguna para ella, confesó ante todos nosotros. Ella mató a su amante, al conocer sus relaciones con Nichols. Era culpable, teniente. Nichols no hizo daño alguno a Paul Clifford.

—Cielos... —Mark colgó, todavía anonadado. Se quedó mirando al vacío—.

Nichols era inocente... ¡y «El Verdugo» lo mató! Ha cometido el error que

esperaba..., el que forzosamente tenía que cometer algún día... «El Verdugo» ya no es un justiciero... ¡Es un vulgar asesino!

El sargento Whitney puso ante un Mark Crabbe ojeroso, pálido y agotado, unos documentos impresos de los laboratorios de la policía.

—El análisis de la sangre del «Verdugo», teniente —informó—. Es Rh negativo, grupo O universal.

—Eso no nos dice mucho ¿verdad, sargento? —murmuró Mark con sarcasmo

—No, no mucho, teniente... —suspiró el buen sargento, con tantos signos de fatiga física como su propio jefe—. Posiblemente doscientas mil personas de esta ciudad, si no más, tendrán igual grupo sanguíneo.

—¿Y los neumáticos del coche? —indagó Mark, tomando el otro documento.

—No se ha conseguido mucho. Al haber dejado de llover hacía horas, el suelo no estaba demasiado húmedo, y en la zona de aparcamiento es bastante llano y sin zonas blandas. De todos modos, la fotografía espectrográfica ha podido extraer señales de arenilla y humedad que forman un determinado dibujo. Son neumáticos normales, de un turismo quizá grande, un Cadillac o un Chevrolet, con dibujo en zigzag. Están intentado conseguir un ejemplar de neumático así en los archivos, para constatar si se puede deducir marca, mo délo y año a través de ese punto. Pero yo que usted no me fiaría demasiado de ello.

—Claro, sargento. Y no me fío —sonrió Mark, desganado, sirviéndose su enésimo café.

Una llamada telefónica fue atendida por el sargento, mientras él se tomaba dos aspirinas con el café. Colgó rápido, dirigiéndose a su superior

—Teniente, una novedad que puede ser importante —dijo.

—¿Qué es ello? —b miró con fijeza Crabbe.

—Han hallado gotas de sangre formando reguero en una zona de la ciudad.

—¿Sí? ¿Dónde?

—No es nada seguro, puede tratarse simplemente de una hemorragia nasal o algo parecido, pero un agente ha informado de ello al saber lo

del herido en el parque. Esa sangre va desde un parking de Roosevelt Avenue hasta la esquina de Prospect...

—¡Dios, no! —Mark pegó un salto, dilatando sus ojos—, Prospect y Roosevelt Avenue! ¡Allí vive precisamente Kate Maxwell!

Whitney tragó saliva, asombrado. Sin añadir palabra, Mark se precipitó al teléfono y lo descolgó, marcando febrilmente el número de su prometida.

Fue el contestador automático el que le respondió de inmediato:

—Aquí Kate Maxwell. Deje el recado que sea. Pero si quien llama es el teniente Mark Crabbe, de Homicidios, escuche este mensaje grabado...

Mark encajó sus mandíbulas, estrujando el teléfono en su vigorosa mano.

Whitney captó en su rostro una expresión áspera y malévola.

—«Teniente Crabbe, soy yo, “El Verdugo” —recitó la misma voz grabada antes, una voz susurrante, ronca, impersonal—. No sé si esperaba oír mi voz a través de este teléfono, no. Estoy herido y en dificultades. Sé que usted va tras de mí como un perro de presa. He sido por la radio lo de Audrey Younger. Lo siento. Maté a un inocente, aunque no creo que nadie llore a un tipo como Nichols. Estoy confundido, pero no arrepentido. No deseo que me dé usted caza. No aún, teniente. Por eso me permito llevarme conmigo un rehén para tener una cierta seguridad de que usted no me persigue. La señorita Maxwell viene conmigo. Nada le sucederá si se mantiene usted al margen, a una prudencial distancia mía. Si siente algo por ella, sea prudente y no trate de ser un héroe y anteponer su deber a sus sentimientos. Podría ponerme nervioso y causarle un daño irreparable. Usted no deseará que eso ocurra. Hasta pronto, teniente. No me busque, o su prometida peligrará».

Ahí terminaba la grabación. Lívido, Crabbe pegó un salto y corrió a la puerta.

—¡Vamos, sargento! —aulló—. ¡«El Verdugo» no es solamente un asesino, sino también un secuestrador! ¡Ha raptado a Kate y me amenaza con dañarla si lo persigo!

—Lo siento, señor. Eso es muy penoso, pero creo que su aureola de héroe popular va a terminar aquí mismo...

—¿Y qué diablos me importa a mí lo que la gente piense del «Verdugo», mientras Kate esté en su poder? —rugió Mark, exasperado, mientras devoraba los escalones hacia la calle, seguido a duras penas por el sargento Whitney.

* * *

—Ciertamente, está herido y sangra cada vez más. Vea, hay gotas de sangre cada poco trecho, teniente...

—Sí, ya lo veo —habló Mark sombrío—. Pero ignoramos adónde fue, dónde puede estar ahora con Kate...

El sargento asintió sin comentar nada. Miraba con cierta compasión las idas y venidas de su jefe por el lujoso alojamiento de Kate, ahora vacío. Los regueros de sangre, formados gota a gota, eran visibles en varios puntos de la casa, especialmente en el living, donde aparecían volcados algunos muebles y rota una lámpara, únicas evidencias de que el secuestro de la joven no había sido totalmente pasivo.

Salvo aquel indicio de que Kate había ofrecido una cierta resistencia a su captor, el resto de la vivienda ofrecía escasos indicios válidos para buscar al escurridizo y misterioso personaje, hasta hace poco un auténtico héroe popular, y súbitamente convertido en asesino y secuestrador.

La ira y la preocupación de Crabbe eran evidentes. Su rostro estaba alterado, tenso, y sus nervios a flor de piel. Whitney nunca lo había visto así, pero comprendía que existían motivos sobrados para ello.

La irritación de Mark Crabbe subió de grado cuando aparecieron en la entrada al

piso, a duras penas frenados por los agentes del servicio, Hannibal Fox y la joven y atractiva Sue Gaylord, su colega del *Herald*. La Prensa tenía un peculiar olfato, o muy buena información, para los asuntos realmente importantes.

—¡Maldito bastardo, vea lo que ha conseguido con sus necesidades! —rugió Mark al ver aparecer al reportero del *Clarion*—, ¡Usted quería sangre e incitó a un criminal a verterla, pretextando pedir justicia!

Ni siquiera el sargento pudo evitar que Mark se precipitara sobre el periodista y, con fulminante precisión, le colocara un seco directo en el mentón. Crujió el hueso golpeado por el policía, y Fox saltó atrás como disparado por un resorte, golpeándose contra un mueble antes

de rodar espectacularmente por el suelo.

Cuando se incorporaba, temeroso y sorprendido, tocándose la mandíbula, un hilillo de sangre corría por la comisura del labio, y el sargento sujetaba como mejor podía a su iracundo superior.

—Esto le costará caro — tartajeó entre dientes, convulso—. Muy caro, teniente, no se juega con la Prensa por mucha que sea su indignación ante un secuestro.

—Quítese de mi vista, Fox, o le romperé esa asquerosa cara suya antes de que se dé cuenta de ello —silabeó Crabbe sordamente.

—Será mejor que te vayas, Hannibal —terció suavemente Sue Gaylord—, En parte, el teniente tiene razón. Habéis hecho un ídolo popular de un simple homicida, tuviera o no razón para hacer lo que hacía, y ahora vuestra obra se vuelve contra vosotros.

Fox masculló algo entre dientes, miró colérico pero asustado hacia Crabbe, que lo fulminaba con su mirada, y salió de allí, acompañado del sargento, que trataba de contemporizar con el periodista. Crabbe resopló, y empezó a relajarse. Sue sonrió, acercándose a él. Le puso una mano en el brazo.

—Cálmese, Mark —le pidió con suavidad—. Lo comprendo muy bien. Fox puede ser cualquier cosa menos simpático. Después de lo de hoy, van a llover las cartas contra él y sus métodos, no le quepa duda.

—Pero todo eso no servirá para recuperar a Kate sana y salva —se quejó Crabbe.

—Lo sé, lo sé. Trate de serenarse y reflexionar con calma. Usted es policía. Su trabajo consiste en resolver los problemas que le caen entre las manos. Este es uno particularmente personal y doloroso, pero no lo es menos que cualquier otro, y debe recordar, por encima de todo, que es el teniente Crabbe, de Homicidios, y no Mark Crabbe, el prometido de Kate Maxwell. No deje que la pasión ofusque su razonamiento, Mark.

—Tiene toda la razón —suspiró Mark con calma—. Gracias, Sue. Es usted una chica estupenda. Ya me siento mucho mejor.

—Eso es lo importante, Mark. Relájese y trabaje como si en este caso no estuviera involucrada ninguna persona de su entorno. Piense fríamente, y tal vez eso lo ayude a ver más claro, a encontrar indicios, una pista que lo conduzca al rescate de Kate y a la captura del

«Verdugo».

—Estoy intentando pensar con frialdad y no es nada fácil, créame. No podía pensar que «El Verdugo» se rebajase a tal nivel. Admito que nunca he hecho de él

un ídolo, como el resto de la gente, pero tampoco lo consideré en ningún momento un auténtico delincuente. Hay algo en todo esto que no tiene sentido, que no encaja con su psicología. Es como si de repente hubiera perdido la razón y pretendiera ser otra persona, actuar como en él es lógico.

—Tal vez su herida... —sugirió la periodista—. En ocasiones, el dolor o la desesperación pueden alterar la conducta de una persona. O quizá el error cometido con Mason Nichols le ha trastornado, no sé.

—Es posible que sea así, Sue —Mark meneó la cabeza, revelando perplejidad en su gesto ensombrecido. Caminó pesadamente hacia la puerta de la vivienda—.

Voy a tomar un café abajo, ¿viene?

—Claro, teniente —asintió la periodista—. Iré encantada. No sólo porque esto sea noticia, sino porque todos necesitamos relajarnos un poco. Como mujer, tampoco puedo dejar de pensar en Kate. Y preocuparme por ella...

Mark asintió sin pronunciar palabras. Bajaron a la avenida, entrando en la cercana cafetería, donde ocuparon una mesa junto a la vidriera. Mark pidió dos cafés. Jugueteó con la cucharilla antes de darle vueltas. Sue Gaylord lo miraba con interés. Pero no daba la impresión de ser la periodista a quien sólo le importase la noticia.

—¿La quiere mucho?

Alzó los ojos. Miró a la joven y asintió vagamente.

—Sí, mucho —confesó.

Sue echó azúcar a su café y pareció ir eligiendo las palabras.

—¿Van a casarse pronto?

—Muy pronto... —se detuvo Mark, y añadió, con voz insegura—: Si todo sale bien, claro.

—Saldrá bien, teniente. Estoy segura.

—Yo quisiera estarlo. Dios mío, Kate debió quedarse en Europa. Era mejor. Debí sospechar algo. «El Verdugo» me vigilaba de cerca. Puso un mensaje en mi coche cuando fui a recoger a Kate al aeropuerto. Un mensaje con un dispositivo para simular una explosión, aunque sin ruido. Sólo un fogonazo mediante un magnesio activado automáticamente. Fue un modo de hacerme ver que podía aproximarse a nosotros impunemente. No se lo había dicho antes a nadie, Sue. Puede publicarlo si quiere. Cometí un error al no poner vigilancia a Kate, pero pensé que sólo quería impresionarme, tratar de pactar algo conmigo, no acosarme y herirme en lo más sensible.

—Lo entiendo. No publicaré nada, se lo prometo —tomó un sorbo de café, pensativa—. Si «El Verdugo» es como imagino, no hará daño a Kate, estoy convencida.

—Ojalá esté en lo cierto. No sé qué hacer. Si lo acoso, tal vez ocurra lo peor...

Se quedó silencioso, las mandíbulas encajadas. Temblaban sus músculos faciales en una contracción nerviosa que ni siquiera advertía. La periodista puso una mano en su brazo y le trató de alentar:

—Vamos, todo ira bien —murmuró—. Háblame de ella ¿quiere?

—¿De Kate? No hay mucho que contar. Tiene demasiado dinero, ése es su único

defecto. Y mucha independencia, claro. Su padre le dejó una fortuna. Ella no gusta de vivir de rentas. A su padre le pasaba igual. Ejercía como forense, cuando podía haber montado un hospital con su nombre. Huía de la ostentación. Kate también, pero no puede evitar ser rica. Después de la tragedia familiar, ella creció, se hizo mujer, practicó deportes, eligió el camino del reportaje, de la aventura...

—¿Tragedia familiar?

—Si —asintió Mark—, Su padre, el doctor Barney Maxwell. Acababa de intervenir en un famoso caso criminal, el llamado «caso Ridgeway». Un asunto que por entonces apasionó a la gente. Como forense, tenía que declarar todavía ante los tribunales, al parecer por algo que creía haber advertido en el cadáver y que podía dar un giro espectacular al caso. Volaba desde Los Angeles a esta ciudad, y el avión cayó al mar en una tormenta. Allí se perdió todo rastro de aparato y viajeros, hasta que sus cadáveres fueron rescatados por los guardacostas. El doctor Maxwell era uno de ellos. Hubo otros forenses, pero ninguno encontró

lo que el padre de Kate pensó que había, pese a sus esfuerzos.

El caso siguió su curso rutinario, y un tal Elmer Ridgeway fue a parar a la silla eléctrica. Desde ese día, Kate, que entonces era una adolescente, pareció distinta.

Al verse sola, se hizo más decidida, más independiente y audaz. Era como si quisiera compensar la ausencia de su amado padre con su propia personalidad arrolladora.

—Sí, ya veo que realmente ama mucho a esa joven. La envidio.

—¿Usted? —Mark enarcó las cejas—. ¿Por qué? ¿Por su dinero?

—Cielos, no. Creo que ni a ella le gusta tener tanto —rió Sue—. La envidio por usted, Mark.

—¿Por mí?

—Sí —la joven desvió sus ojos, algo turbada, y apartó la mano del brazo del policía—. Ella será muy dichosa casándose con un hombre como usted, estoy segura. Creo que es el único que logrará que Kate Maxwell cambie su vida aventurera y ferozmente independiente por otra más serena junto al hombre amado.

—Bien, creo que ya hemos charlado suficiente —dijo Mark, algo nervioso, consultando su reloj—. Debo irme, Sue. ¿La llevo a alguna parte?

—No, gracias —suspiró ella—. Tengo mi coche aparcado frente a la casa. Iré al periódico a escribir una columna sobre lo ocurrido. Pero nada de cuanto me dijo saldrá en ella, no tema. Yo no soy esa rata de Hannibal Fox.

—Lo sé —sonrió Mark, llevándola hasta la acera—. Por eso hablé así con usted, Sue. Gracias por escucharme. Me ha hecho mucho bien.

—Gracias a usted por sincerarse conmigo —dijo ella—. He llegado a olvidar que era usted policía, para ver solamente al ser humano...

Se separaron. En ese punto, el sargento Whitney asomó a la puerta de la casa y le llamó con tono excitado:

—¡Un momento, teniente! Lo estaba buscando...

—¿Ocurre algo? —se alarmó Mark, dominando un escalofrío de temor.

—No lo sé todavía. Ha habido una llamada.

—¿Una llamada? Sí, para usted. Desde una cabina pública. Pero sólo quieren

hablar personalmente con usted. Han dado el número. Era un hombre. Dijo que era algo importante, relacionado con «El Verdugo».

—Cielos, veamos qué es —corrió a su coche—. Déme ese número, sargento.

Whitney se lo facilitó. Mark se sentó en su vehículo y marcó. A través del radioteléfono portátil, estableció comunicación. Sonó la llamada tres veces antes de que descolgasen.

—Aquí Crabbe —dijo Mark apenas notó que se establecía la comunicación—.

¿Quién llama?

—Soy yo, teniente. ¿Me recuerda? Bugsy Latimer.

—¡Bugsy! ¿Está en la calle?

—Sí, teniente. Gracias al «Verdugo», ya lo sabe. Pero sé que también usted hubiera hecho lo imposible por mí.

—Tenlo por cierto. Pero te aseguro que no sé si hubiera conseguido algo...

—No importa. Confiaba en usted, de todos modos, y no me falló.

—Me han dicho que llamas para algo relacionado con...

—«El Verdugo», sí. No, no espere que vaya a delatarle. Le debo demasiado a ese tipo, sea quien sea. Por eso le hago la llamada. Van a matarlo.

—¿Matarlo? ¿Al «Verdugo»?

—Así es, teniente. No deseo que eso ocurra. Por ello lo llamo. Sé que raptó a su chica, lo dice la radio. Pero no creo que la haga nada malo. No es de éstos.

—Temo no estar de acuerdo contigo en ese punto, Bugsy.

¿Qué quieres decir exactamente con eso de que van a matarlo?

—Han descubierto dónde se oculta. Lo siguen y lo vigilan. Apenas oscurezca, caerán sobre él y lo matarán.

—¿Quiénes?

—Phil Smooths, un amigo de «Little» Nemo. Un tipo de cuidado, que trabaja para las mafias de la droga en esta ciudad. Es un experto con la metralleta también, como lo era Nemo.

—Sigue, Bugsy, sigue.

—Me ha enterado por mis amigos. Ya sabe que tengo contactos con los bajos fondos de este lugar. Se oyen cosas... Smooths no irá solo. Está reuniendo un grupo de élite, pistoleros altamente cualificados. Han recibido una confidencia de alguien, sobre el paradero de «El Verdugo». Y piensan liquidarlo de inmediato.

—Dios mío... Pero «El Verdugo» tiene a mi prometida...

—Lo sé, teniente. Por eso lo llama No quiero que ese tipo que me sacó de la prisión y de la silla sea acribillado. Ni tampoco su chica, teniente. Tiene que hacer algo.

—Lo haré, si me dices dónde se oculta «El Verdugo». Si nosotros llegamos antes, salvaremos sus vidas. Te prometo respetar la de la persona que te ayudó a salir, Bugsy.

—Sé que lo hará, teniente, pero no puedo decirle más.

—¿Qué?

—Yo mismo ignoro dónde se oculta «El Verdugo». Pero voy a moverme mucho hasta el anochecer. En cuanto sepa algo, lo llamaré. Siempre hay alguien que se va

de la lengua cuando se sabe cómo hacerlo. Smooths está haciendo mucho ruido en ciertos ambientes al reclutar a esa gente especializada... Estoy seguro de que daré con algo, teniente.

—Dios lo quiera, Bugsy. Estaré esperándote en el Departamento todo el tiempo.

No dejes de buscar esa información. Es vital. Si no sabemos adónde van, no podremos hacer nada por salvar la vida del «Verdugo».

—Por supuesto. En cuanto lo averigüé tendrá esa llamada.

—Bugsy, ¿sabes por qué quiere ese tal Smooths liquidar al «Verdugo»?

—No, pero lo sospecho. La gente dice que ese tipo molesta a algún pez gordo de esta ciudad. Está corriendo mucho dinero para darle caza como sea. Hay alguien que se ha puesto nervioso con sus métodos, no hay duda.

—También yo lo estoy. Raptar a mi prometida no ha sido un acto honesto precisamente.

—Sus motivos tendrá para ello, no lo dude. Sé que ese tipo tiene buen fondo y no es un criminal.

—Se equivocó con Mason Nichols... —dijo Mark con tono de irritación.

—¿Usted cree? —rió Bugsy—. He oído cosas sabrosas de ese tal Nichols, teniente. Dicen algunos amigos míos que había liquidado a tres o cuatro moalbetes después de obligarles a hacer el amor con él... Ha habido unos cuantos homosexuales adolescentes muertos en las calles, sobre los que nadie parece saber nada. Todos fueron amiguitos de ese Nichols. Curioso ¿eh? Y se rumorea que el tal mariquita andaba metido en feos asuntos de prostitución masculina con las mafias... Es posible que su muerte haya sido el detonador que ha disparado a los hampones de esta ciudad contra «El Verdugo», teniente...

Colgó, quedando en llamar lo antes posible. Sombrío, desorientado, Mark fue hacia el Departamento, donde pidió inmediatamente un extenso dossier sobre la homosexualidad en la ciudad, especialmente del movimiento de prostitución masculina y de las muertes de homosexuales no resueltas hasta el momento.

—Tal vez, después de todo, ese «Verdugo» no anduvo tan descaminado al eliminar a una rata como Nichols, pero ¿por qué tuvo que raptar a Kate? Ahora, ella peligra tanto como él mismo si esa banda de asesinos los sorprenden...

No pudo sentirse tranquilo en todo el día, pendiente del teléfono y contando las horas y los minutos que faltaban para el oscurecer. Cuando el cielo comenzó a ponerse de un azul sombrío sobre la ciudad, su tensión llegó a tope.

Tal vez por eso, el timbre del teléfono, al sonar repentinamente sobre la mesa de su despacho, lo sobresaltó hasta el punto de hacerle pegar un salto en la silla.

Había ordenado línea libre para una llamada, ocurriese lo que ocurriese. Sólo si Bugsy llamaba le pasarían esa comunicación.

Y Bugsy, sin duda, acababa de llamar. Estaba oscureciendo deprisa.

CAPITULO VII

—¿Sí? —la voz de Mark al teléfono sonó como un pistoletazo.

—Hola, teniente —sonó excitada, tensa, la voz del ex presidiario—. Deprisa, hay poco tiempo.

—Lo sé. Adelante, por el amor de Dios.

—Me costó mucho conseguir la información. Me juego la vida. Si saben esto, duraré muy poco. Escuche bien: el lugar es Dead Point.

—Dead Point es muy amplio —dijo Mark, tajante.

—El arrabal costero, junto a los colectores de la ciudad. Allí están las antiguas cocheras de los tranvías.

—Conozco el lugar, sí.

—Todavía existe en esa zona un vetusto hotel medio en ruinas donde se puede dormir por un par de dólares dando cualquier nombre. Su fachada posterior da a las cocheras.

Es allí, teniente.

—¿Seguro?

—Del todo. El que me dio la información lo sabe. Y también se juega mucho en esto.

Suerte, teniente.

—Espera aún. ¿Sabes algún otro detalle? ¿El piso, la habitación que ocupa «El Verdugo»

con su víctima?

—Sí. Planta segunda. Habitación 233.

—¿Sólo *una* habitación? —se estremeció Mark.

—Que yo sepa, sí. Es todo, teniente.

—Gracias, Bugsy. Métete en lugar seguro. Te protegeremos en cuanto esto termine.

Colgó. Momentos después, hacía una llamada general a las patrullas, ya preparadas de antemano, y sólo a la espera de sus órdenes. Silenciosos coches-patrulla camuflados, partieron de los aparcamientos de la División de Homicidios, con destino a Dead Point, el distante arrabal suburbano. Otros coches patrulleros de la Metropolitana se movían ya por las calles, para confluir sigilosamente en la zona señalada. Un rápido informe le confirmó que aquel lugar se llamaba Hotel del Mar, y estaba a punto de cerrarse por demolición.

Mark Crabbe y el sargento Whitney emprendieron la marche en el coche del primero.

Ambos iban armados y bien armados. Llevaban no sólo su revólver reglamentario, sino dos potentes rifles de repetición capaces de disparar balas demoledoras en gran número.

Con gente como Phil Smooths había que tomar todas las precauciones. Sus antecedentes hadan que el historial de un Dillinger pareciera cosa de cuento de hadas.

Era noche cerrada cuando Mark avistó las escasas luces dispersas de Dead Point, entre viejas vías de tranvías ya fuera de circulación, charcas malolientes de aguas fecales, una costa de arena sucia y fétida, surcada por chirriantes gaviotas, y unos edificios que parecían mantenerse en pie por puro milagro, entre basuras, vallas derruidas y escasas farolas de lúgubre alumbrado.

El Hotel del Mar era un vetusto caserón de paredes desconchadas, mugrientas y húmedas, cuya parte posterior daba a las antiguas cocheras y la delantera a una callejuela sinuosa, todavía empedrada, como en los tiempos del «cine negro», siempre húmeda y

azotada por la salubre brisa marina.

—Un bonito lugar — comentó Whitney entre dientes con sarcasmo.

—Ideal para ocultarse —asintió Mark—. Lo que me pregunto es cómo esos pistoleros han dado con él... Deben de saber quién es «El Verdugo», no hay otra explicación...

Tomaron posiciones en las sombras del suburbio hediondo. No se veía ni rastro de los asesinos profesionales, pero eso no significaba nada. Esa gente acostumbraba a moverse en las sombras como si no

existieran. Y en aquel lugar debían encontrarse como pez en el agua.

—Voy yo solo, sargento —murmuró Mark, rifle en mano, agazapado tras una valla—.

Iré al hotel por las cocheras de tranvías. Usted reúnase con los demás. Si oye un solo disparo o ve algo raro, ataquen sin vacilar.

—Sí, teniente —afirmó Whitney, quedándose atrás en las tinieblas de la callejuela Mark rodeó el edificio, saltando unas cercas de ladrillos derruidos, para penetrar en las viejas cocheras. Todavía había allí viejos tranvías oxidados, como dinosaurios de hierro paralizados en sus rutas de metal cubiertas de abrojos, polvo y piedras. Pasó entre ellos, hasta alcanzar el muro trasero del hotel.

Tenía una vieja escalera de incendios a medio derruir. Dudó si los peldaños metálicos adosados al muro de ladrillos mojados y sucios aguantarían su peso, pero no podía hacer otra cosa. Empezó a escalar sus tramos después de gatear como pudo hasta la primera planta. Desde allí subió a la segunda. Se detuvo ante la ventana del piso, oteando el interior.

El pasillo aparecía desierto y mal alumbrado. La ventana era de guillotina y cedió fácilmente a su impulso, aunque chirriando ligeramente. Saltó al interior, con su rifle en ristre, dispuesto a vomitar proyectiles sobre quien fuese. No pasó nada.

Mark avanzó, buscando la puerta número 233. No tardó en dar con ella, justo en una esquina del pasillo. Pisaba la

roída alfombra sin producir ruido, y contempló aquella puerta preguntándose qué le esperaba dentro.

Tomó aliento. Bajó su rifle un momento, y golpeó con los nudillos la hoja de madera, suavemente. Esperó. Y ante el silencio de dentro, volvió a llamar.

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca dentro, junto a la madera, con tono cauto.

El corazón le dio un vuelco. Reconoció fácilmente esa voz. La había oído antes, grabada en un contestador automático.

¡«El Verdugo»!

Era él. Estaba allí. Tras aquella puerta. A sólo unas pulgadas de él.

¿Y Kate? ¿*Dónde* estaba ella?

—Soy yo —dijo disfrazando su voz con facilidad—. El conserje. Es urgente.

—¿Qué quiere? — la voz denotaba desconfianza.

—Un mensaje para usted. Acaba de llegar.

—¿Para mí? No puede ser. No espero mensajes. Nadie sabe que estoy aquí.

—Lo saben. Hay hombres fuera, en la calle. Parecen rodear esto. U no de ellos me dio el mensaje.

—¿Y qué nombre le dio? No pueden saber el mío —insistió la voz, cortante.

—No dieron nombre. Dijeron que debía tomar el mensaje y decidir. Si no, entrarán aquí.

Van armados y son muchos.

Y no son policías, seguro.

Un silencio. La voz habló luego, cauta:

—Está bien. Eche el mensaje bajo la puerta.

—Ya lo intenté. No puedo. Es un sobre abultado. No pasa.

—Está bien. Lo tomaré. Pero tenga cuidado. Puedo matarlo si me juega una mala pasada

—la voz susurrante, ronca, parecía algo insegura a veces, como si temblara.

—Espero. No tema nada de mí —dijo Mark con su voz falseada.

Sonó una llave y luego un pestillo. Pero oyó pasar una cadena. Aquel hotelucho tenía muchas medidas de seguridad para tan destartada instalación, pensó.

Se entreabrió la puerta. Una mano enguantada asomó. Su dueño quedaba detrás de la puerta. Mark vio una gabardina amplia, de mangas arrugadas y un color avellana oscuro.

Los dedos se movieron impacientes, sin que el ocupante diera la cara.

—Vamos, déme eso —apremió la voz.

Mark cargó contra la puerta sin contemplaciones. Su empujón fue tan formidable que saltó la cadena, rompiéndose la madera en astillas. Gritó el ocupante, vio fugazmente un arma de fuego en otra mano enguantada, una pesada automática con silenciador...

Plantó su potente rifle en el pecho del personaje de la gabardina y el sombrero encasquetado, gritando con voz dura, acerada:

—¡Ni un movimiento, amigo! No me obligue a disparar.

El otro no usó su arma. La dejó caer, alzando los brazos, mientras el rifle se apoyaba en su torso. Bajo el ala caída del sombrero unas gafas negras impedían ver los ojos del «Verdugo». Pero supo que lo estaba mirando a través de esos cristales oscuros fijamente.

—Usted gana, teniente —dijo con voz ronca.

—Lo sé, «Verdugo» —silabeó Mark—, Pero no se trata de eso ahora. Hay peligro, está rodeado de pistoleros a sueldo. Quieren exterminarla ¿Y Kate? ¿Dónde está ella?

Una risa profunda, burlona, escapó de los labios que ocultaban aquellas subidas solapas de la gabardina. Mark miró perplejo la figura de rugosas ropas, demasiado grandes éstas para aquel cuerpo.

—¿Es que aún no lo has entendido, Mark? —susurró la voz del «Verdugo»—. Creí que un policía era más listo...

Aquella voz... Mark pestañeó, un estremecimiento sacudió su cuerpo.

—Sí, Mark —dijo «El Verdugo»—. Soy yo. Kate. Tu Kate.

Luego, el cuerpo vaciló, terminando por desplomarse ante él. Golpeó el suelo pesadamente antes de que tuviera tiempo de evitarlo. Al caer, se desprendió el sombrero, dejando escapar los cabellos color miel de Kate Maxwell, su prometida.

CAPITULO VIII

—Kate... Kate... ¿Tú... «El Verdugo»?

Era un jadeo, una afirmación más que una pregunta. Ella afirmó.

—Sí, Mark. Fue un juego bonito mientras duró...

Sangraba mucho. Bajo la gabardina, tenía su jersey y su pantalón de hombre empapados en rojo. La herida del costado se había vuelto a abrir. La bala de Mason Nichols había hecho daño, mucho daño, a aquel hermoso cuerpo de mujer.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Kate? —se exasperó Mark, que acababa de depositarla en el lecho ruidoso y sucio del hotel.

—Tenía que hacerla. Debí hacerlo mucho antes, cuando gentes importantes de esta ciudad ordenaron la muerte de mi padre en aquel avión perdido en el mar... —susurró ella, pálida pero serena, mirándolo dulcemente—. Yo entonces no podía saberlo, pero le mataron para que el proceso Ridgeway siguiera su curso y pagara por él un pobre infeliz, mientras los auténticos culpables quedaban a salvo... Más tarde, leyendo documentos dejados por mi padre, lo supe. Y juré vengarme de los asesinos que se mantienen en la impunidad, hacer justicia a mi modo...

—Era una idea demencial, Kate —se contrajo de dolor el rostro de Mark, inclinado sobre ella—. Tú, una mujer rica, famosa, que lo tenía todo...

—Todo, menos la convicción íntima de que hacía lo que debía hacer. Mi padre había muerto y yo no moví un dedo por hacer justicia contra sus asesinos. Ahora lo podía hacer, estaba a punto..., y todo se viene abajo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mark, sé que hubo un error con Nichols, pero no del todo. He averiguado que era un asesino de jovencitos... Pero también formaba parte de la organización del vicio en la ciudad. Su especialidad era la prostitución homosexual. Hay otros que dirigen lo de las drogas, otros el proxenetismo, otros el cine porno con niños... Es una sucia mafia que hay en todas las grandes ciudades. Pero no son hampones quienes las dirigen, sino sólo quienes dan la cara...

—Y ahora pretendías enfrentarte a ellos...

—Exactamente —sonrió con tristeza ella—. No he podido, Mark, y lo siento. De veras lo siento. Esto se acaba. La herida..., la sangre perdida...

—No, Kate. He llamado a un hospital. Estarán aquí en seguida, te

curarás...

—Sabes que no, Mark. No vale la pena... —sonrió tristemente—. No podía aparecer ante ti con esta herida... Por eso me oculté, fingiendo un secuestro... Te causaba daño, pero era mejor eso que la cruda verdad.

—De modo que tú misma pusiste aquel artefacto del fogonazo y el mensaje en el coche...

—Sí. Al llegar, quise hacer algo que me mantuviera al margen de toda sospecha.

—Lo estas ya. Yo no podía saber...

—Nadie podía saberlo. Mi estancia en Europa, cuando en realidad estuve aquí, en Brasil... Era mi coartada, Mark. Y ahora, en el mejor momento, me fallan las fuerzas.

—Las fuerzas ¿para qué?

—Para acabar con ellos. Con los verdaderos culpables de todo, los cerebros rectores de la gran mafia del crimen local. Los que mataron a papá, los que mataron a ese chico, Keefer, los que mataron a su novia, Linda Adams, los que manejan droga, prostitución, sexo, perversión... El hampa dorada de nuestra urbe, Mark. Los que nunca dan la cara. Les dije que los conocía, que tenía pruebas contra ellos...

—¡Qué locura! Ahora, ellos han movilizado a todos los asesinos de la ciudad. Rodean esta zona. Pero no temas. También mis hombres rodean la zona, a la espera de mis órdenes. Saldrás viva de aquí, te recuperarás...

—No, Mark. No lo entiendes. Ellos... ellos son más fuertes que tú..., y que yo —susurró Kate—. En eso..., fracasaremos. Los dos. Fracazará todo el mundo. Sólo «El Verdugo»

pudo haberlo hecho..., y le fallaron las fuerzas, querido.

—Si esa gente viene aquí, no saldrá viva, te lo prometo. A menos que se entreguen y confiesen todos sus crímenes...

—Mark, no lo entiendes —suspiró ella—. Mira a tu espalda..., y tal vez empieces a entender. Estamos perdidos. Los dos, querido...

Crabbe se volvió en redondo, llevando la mano a su fusil. La voz le

avisó fríamente:

—No Crabbe, no Eso. no. Ni su fusil ni su revólver. Quieto y bien quieto. O usted y ella serán dos cribas en unos pocos segundos.

Mark palideció. Miró con estupor al que hablaba, encañonándolo con uno de aquellos pasados rifles automáticos de la policía.

Era su propio subordinado, el sargento Whitney.

Detrás de él, sonrientes, impecablemente vestidos, las manos en los bolsillos de sus gabardinas costosas y hechas a medida, el Comisionado Warren, el alcalde de la ciudad..., y el senador Jeremy Keefer.

—¿Qué significa...? —jadeó Mark, estupefacto.

—Lo siento, teniente —sonrió con dureza el sargento—. Yo también pertenezco a

«ellos». Muchos en esta ciudad pertenecemos a la Organización.

—¿Se da cuenta, teniente? —dijo con calma Warren—. No pueden nada contra nosotros. Nadie puede...

—Ustedes... La policía, el ayuntamiento, el Senado... —la voz de Mark era un ronco, apagado murmullo de horror e incredulidad.

—Las fuerzas vivas, sí —rió Keefer sarcástico—. ¿Decepcionado?

—Más que eso, asqueado. Usted, senador... ¡Su propio hijo fue asesinado por su organización!

—Lo sé... —suspiró el senador moviendo la canosa cabeza—. Un error de alguien. Se precipitaron. No sabían que yo formaba parte del alto *Staff*... Ya lo pagó. El imbécil de

«Little» Nema No tenía cerebro. Se le ordenó un secuestro. No un doble crimen. Me causó un terrible dolor. Y lo pagó ya. Nunca habrá errores así desde ahora.

—Siempre los habrá, senador. El crimen, por muy organizado que sea, es el crimen.

Usted mató a su propio hijo tan claramente como si hubiera apretado el gatillo de aquel arma.

—Miente, Crabbe —se irritó el político—. Bien, acabemos esto cuanto antes. Es a lo que hemos venido en persona.

—Claro, teniente —sonrió Whitney—. Los muchachos no se moverán de donde están.

Di otras órdenes. Esperarán a que acabe el tiroteo aquí. Entonces yo daré la orden de ata-car. Será tarde, claro. Ella..., y usted, teniente, habrán terminado.

—Y nosotros seguiremos siempre en la impunidad —dijo el alcalde apaciblemente—.

Las personas como nosotros existen en todas partes, Crabbe. Pero no es fácil acabar con ellas. Siempre quedamos impunes. Siempre pagan los demás, los hombres de paja, pero nunca los cerebros...

—Te lo dije, Mark —susurró la joven Kate con amargura—, Valía la pena que existiera un «Verdugo»...

—Empiezo a pensar que sí —jadeó Mark Crabbe duramente.

—Bien, acabad con esto —dijo fríamente el senador, mirando su reloj—. Debemos irnos. Luego, la policía liquidará a Smooths y los demás, y asunto resuelto. La ciudad habrá perdido a un buen oficial de Homicidios y una chica guapa de la mejor sociedad, pero un montón de ratas de cloaca habrán pagado ese crimen, y todo el mundo quedará contento.

Whitney alzó su fusil automático para vaciarlo sobre Mark y Kate sin piedad.

—Lo siento, teniente —dijo con cierta ironía—. No me queda otro remedio..., señor.

Iba a apretar el gatillo. Los tres prohombres eran simples testigos tranquilos y sonrientes.

Nadie podía impedir ya lo que seguiría.

* * *

Nadie podía impedirla

Al menos, eso es lo que parecía. Es lo que cualquiera hubiera jurado, viendo aquella escena al borde mismo de la hecatombe sangrienta.

Pero hubiera sido un error pensar así. Lo fue para Mark Crabbe y para Kate Maxwell que lo pensaban.

Porque se súbito, desde la ventana del cuarto de hotel, brotó un ramalazo de fuego y estrépito. Una ráfaga de balas convirtió al sargento Whitney en un repentino guiñapo desarticulado, bailoteando grotescamente, mientras se cubría de sangre todo su cuerpo.

El arma saltó de sus manos, osciló unos instantes, con una profunda hemorragia por boca y nariz, miró con estupor a la ventana, y cayó de bruces para quedar inmóvil sobre su espeso charco escarlata.

Pálidos, demudados, los tres hombres contemplaron aquella súbita muerte sin entender nada. Y así permanecieron, mientras en las calles estallaba de repente el tableteo estremecedor de las armas de fuego, y un hombre armado de un pequeño fusil ametrallador penetraba por la ventana, encañonando a los tres magnates del crimen organizado.

—Caballeros, he llegado muy a tiempo —sonrió, volviéndose un instante a Mark Crabbe—, Permitan que me presente: Steve Gardner, del FBI.

—¡El FBI! —exclamó Mark, aún aturdido—. ¿Qué hace aquí, quién lo avisó?

—Un tipo llamado Bugsy Latimer, que lo apreciaba mucho, teniente —rió el federal—. Al parecer no se fiaba demasiado de la propia policía local. Y tenía razón. Avisó al FBI expli-

cando lo que iba a suceder aquí esta noche, por si era precisa mi intervención. Y veo que así era, en efecto.

—Gracias por todo, Gardner. Ha salvado dos vidas con su providencial llegada...

—Y por lo que veo, he desenmascarado al fin a tres peces gordos del crimen —dijo con buen humor el federal—. Eso es buena cosa...

El senador, el alcalde y el comisionado, parecían petrificados por el asombro y el temor.

Por vez primera se los veía inseguros, vacilantes. El federal así lo captó también. Y ése fue su gran error.

Mientras se disponía a esposar a los tres supercriminales, uno de ellos, el aparentemente más inofensivo, reaccionó. El viejo senador Keefer

movió con celeridad su brazo. Por la manga amplia de su gabardina surgió algo que brilló siniestramente.

Era una pequeña arma silenciosa. Disparó una sola vez.

antes de que Gardner hubiera podido reaccionar. El balazo a quemarropa iba dirigido a su rostro. Este se llenó de sangre y huesos astillados, un alarido de dolor supremo escapó de su destrozada boca, y saltó atrás, sin vida.

Mark no había tenido tiempo de empuñar su arma todavía. Le sorprendió la muerte del federal como un mazazo. La pequeña pistola que Keefer llevaba camuflada en sus ropas, se dirigió hacia él.

Kate gritó roncamente, se incorporó en el lecho y se puso ante él con un esfuerzo supremo. La bala de Keefer la alcanzó de lleno en el pecho. Cayó de bruces al pie de la cama, con un espasmo.

—¡Kate! —aulló Mark, frenético.

Y ya había tenido tiempo de empuñar su arma. En ese punto, con una fría sonrisa, Keefer dejó caer su pequeño *derringer* de sólo dos balas, ya vacío. Miró burlón a Mark.

—Está bien, policía —dijo—. No dispararé más. Nos entregamos.

—Cerdo, asesino... —jadeó Mark Crabbe, mirándolo con odio intenso.

—Tendrá que demostrar muchas cosas ante la ley cuando quiera juzgamos, Crabbe —

suspiró el senador—. Cosas que nunca le dejarán probar. Tenemos los mejores abogados, dinero, influencias, poderosas amistades, conexiones con políticos aún más altos, metidos en el mismo juego... Saldremos bien librados, nadie nos podrá culpar de nada.

Ocurre siempre. Los polizontes como usted nunca consiguen gran cosa con gente como nosotros... Vamos, ya nos tiene. ¿No se siente feliz?

Los tres rieron burlones. Crabbe, ya con su revólver en la mano, miró lívido al cuerpo sin vida de Kate. Dolorosamente, susurró:

—Kate, mi vida... Tenías tú razón. Hacía falta un verdugo en esta ciudad... Alguien que haga justicia en aquellos que siempre escapan a su brazo... Alguien que dicte sentencia...

y la ejecute.

Miró fríamente a los tres hombres. Sabía que tenían razón, que escaparían bien de todo aquello, como ocurría siempre en casos así.

—Sí... —habló duramente—. «El Verdugo»... El hubiera terminado con ustedes tres...

¡de este modo!

Comenzó a disparar.

Para asombro de los tres, su revólver empezó a vomitar fuego y proyectiles. El asombro, la incredulidad, el horror, asomó a los rostros de los tres magnates de! crimen y

la policía. Fueron cayendo bajo aquel implacable tiroteo, se retorcieron brevemente en el suelo, sin entender bien lo que sucedía.

—No... es... posible... —fue lo único que acertó a decir el Comisionado Warren antes de morir.

Mark bajó el arma cuando dejó de disparar. Afuera, sus hombres acosaban y abatían a los pistoleros contratados sólo para el papel de víctimas. Amargado, abatido, roto, el teniente Crabbe miró el cuerpo de Kate, se inclinó, besó su frente manchada de sangre, sus labios aún cálidos. Cerró sus ojos color caramelo...

—Adiós, querida —susurró—. Creo que te sentirás satisfecha donde ahora estás. Ya hay otro «Verdugo». Hace falta en esta sucia y asquerosa ciudad. En muchas ciudades...

Abandonó la habitación, el hotel. Caminó como sonámbulo hacia su coche, aún empuñando el revólver humeante.

Luego, fue a entregarse, a confesar lo que había hecho, a devolver su placa. Sue Gaylord, la pelirroja periodista, fue la única en acompañarlo en todas aquellas diligencias, mientras un fiscal le abría el procesamiento por tomarse la justicia por su mano, y las autoridades decidían qué hacer con aquel policía que no quiso arrestar a tres asesinos...

Sue Gaylord nunca lo dejó solo en ese trance. Y eso a él parecía ser ya lo único que le importaba. Tener alguien al lado que comprendiera, que confiara en él.

Kate se había ido para siempre. Pero la vida seguía.

La suya iba a ser distinta desde entonces. Muy distinta. No lo encarcelarían, porque era policía y había cumplido con una tarea. Pero no volvería a ser policía. Ni le importaba.

En realidad, a Mark Crabbe le importaban ahora muy pocas cosas.

Muy pocas.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

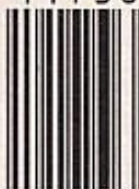
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España